

617:15

# CARLOS II EL HECHIZADO

DRAMA ORIGINAL

EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

POR

D. ANTONIO GIL DE ZÁRATE

1795-1861

y

TERCERA EDICION



PRECIO: DOS PESETAS

MADRID

ESTAB. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ

*Calle de la Cava-alta, 5*

1885

## PERSONAJES

- |  |   |
|--|---|
| <ul style="list-style-type: none"> <li>• <b>Inés.</b></li> <li>• <b>El Rey Don Carlos II.</b></li> <li>• <b>Fray Froilán Díaz, Confesor del Rey.</b></li> <li>• <b>Florencio, Paje del Rey.</b></li> <li>• <b>El Cardenal Portocarrero.</b></li> <li>• <b>El Inquisidor general.</b></li> <li>• <b>El Conde de Oropesa, Presidente de Castilla.</b></li> <li>• <b>El Conde de Montalto, Presidente de Aragon.</b></li> <li>• <b>El Conde de San Estéban.</b></li> <li>• <b>El Conde de Frigilliana.</b></li> <li>• <b>Harcourt, Embajador de Francia.</b></li> <li>• <b>Harrach, Embajador de Austria.</b></li> <li>• <b>El Vicario de las monjas del Rosario.</b></li> <li>• <b>El Prior de Atocha.</b></li> <li>• <b>El Prior del Escorial.</b></li> <li>• <b>Un Comisario de la Inquisicion.</b></li> </ul> | <ul style="list-style-type: none"> <li>• <b>El Carcelero de la Inquisicion.</b></li> <li>• <b>El Tremendo.</b></li> <li>• <b>Un Tahonero.</b></li> <li>• <b>Un Armero.</b></li> <li>• <b>Un Tabernero.</b></li> <li>• <b>Un Alguacil.</b></li> <li>• <b>Un criado del Conde de Oropesa.</b></li> <li>• <b>Un Ugier de Palacio.</b></li> <li>• <b>Un Oficial de la guardia.</b></li> <li>• <b>El Capitan de los soldados de la fe.</b></li> <li>• <b>Un monje del Escorial.</b></li> <li>• <b>Agentes 1.º y 2.º del motin.</b></li> <li>• <b>Hombres 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º del pueblo.</b></li> <li>• <b>Mujeres 1.ª y 2.ª del pueblo.</b></li> <li>• <b>Muchachos 1.º y 2.º del pueblo.</b></li> </ul> |
|--|---|

*Un Capuchino, dos Sacristanes, Grandes, Señoras, Criados del Rey, Criados de Oropesa, Pajes, Guardias, Alguaciles y Familiares de la Inquisicion, Soldados de la fe, hombres, mujeres y muchachos del pueblo, frailes de Atocha.*

---

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscripcion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

---

# ACTO PRIMERO

---

El teatro representa la cámara del Rey

## ESCENA PRIMERA

FROILÁN y FLORENCIO

- FROIL. Alabado sea Dios.  
FLOR. Por siempre alabado, amén.  
FROIL. ¿Qué hay, Florencio?  
FLOR. El Rey os llama.  
FROIL. ¿Tan temprano?  
FLOR. Son las diez.  
FROIL. Como no suele...  
FLOR. ¿Y qué importa?  
¡Qué linda flema teneis!  
FROIL. ¿Se ha de salir en ayunas  
uno á la calle?  
FLOR. No á fe.  
¡Todo un Padre Froilán Díaz,  
todo un confesor del Rey!  
¡No faltaba más!... Por eso  
muy reforzado vendreis,  
no con manjares livianos,  
sino fruta de sarten:  
jamón, torreznos... y es justo,  
porque el oficio es cruel.  
FROIL. Pajecillo sin conciencia  
ni temor de Dios, yo haré...  
En fin, ¿qué sucede, dí?  
FLOR. ¿No sabeis?..

FROIL. ¿Qué he de saber?

FLOR. ¡Hemos tenido una noche...  
qué noche!... Por poco el Rey  
se nos queda entre las manos.

FROIL. ¿Qué dices? ¿Le dió otra vez  
el insulto?

FLOR. Sí, terrible,  
cual nunca... Yo me asusté.  
¡Qué temblor! ¡Qué convulsiones!  
¡Qué alaridos!... Más de seis  
éramos á sujetarle;  
mas, ¿quién le sujeta, quién?  
Parece, Dios me perdone,  
un endemoniado.

FROIL. Pues  
no hay que burlarse, que acaso...

FLOR. ¿Qué?

FROIL. No digo que lo esté,  
mas los síntomas... Y luego  
la gente ha dado en creer...

FLOR. Dichos del vulgo.

FROIL. Algo más,  
que el Tribunal de la fe  
ha llegado á tomar cartas  
en el asunto, y tal vez...

FLOR. ¿Formará causa al demonio  
y en un auto le hará arder?

FROIL. ¡Hereje!... Calla esa lengua.

FLOR. ¡Ay! Del refrán me olvidé:  
con la Inquisicion, chitón.

FROIL. ¡Pues cuidado!... Yo no sé,  
en verdad, cómo á su lado  
el Rey te puede tener.  
¡Un hombre sin religion!

FLOR. Padre, no me calumnieis,  
que á veces quien más la invoca  
más la vulnera tambien.  
Soy jóven, vivo y alegre:  
el Rey es triste; tal vez



suelo sus melancolías  
con mis chistes distraer;  
¿qué mucho, pues, que me quiera,  
que me proteja?—Sabed  
(Más bajo, acercándose á él.)  
que quiere ser mi padrino.  
Qué, ¿te casas?

FROIL.

FLOR.

Sí.

FROIL.

¿Con quién?

FLOR.

Con un ángel.

FROIL.

¿Será joven?

FLOR.

Sí; de mi edad vendrá á ser.

FROIL.

¿Bella?

FLOR.

Sin igual.

FROIL.

¿Modesta?

FLOR.

El mismo candor.

FROIL.

¡Muy bien!

No hay que preguntar si la amas.

FLOR.

La amo, la adoro; poco es.

Cuando en ferviente oracion

vuestra mente con desden

de este mundo se desprende

y el cielo entreabierto ve,

¿no adorais arrebatado,

del trono eterno á los piés,

esa inmaculada Virgen

vencedora de Luzbel?

De virtud la aureola pura

ciñe la divina sien;

sus ojos, fuente de vida,

consuelo infunden do quier;

su risa enajena el alma;

sus labios expiden miel,

y á su voz el firmamento

tiembla de amor y placer.

Así tan pura y tan bella

se muestra mi amada Inés,

y cual los ángeles aman,

así la adoro tambien.

FROIL. ¡Cómo!... ¿Inés?  
 FLOR. Sí.  
 FROIL. ¿Bella, jóven?  
 FLOR. ¿Acaso la conoceis?  
 FROIL. No... pero... Dí: ¿dónde vive?  
 FLOR. ¡Oh! Mucho quereis saber.  
 FROIL. Curiosidad.  
 FLOR. Algo extraña.  
 FROIL. De mí, ¿qué podeis temer?  
 FLOR. Los ojos se os encandilan;  
 Padre, mala señal es.  
 FROIL. ¿Eso dices á quien voto  
 formó?...  
 FLOR. Con voto ó sin él,  
 no os la fiara, por Dios.  
 FROIL. ¡Insolente!... Juro... (Sale un ugier.)  
 UGIER. El Rey.  
 FLOR. Poco me gusta este fraile. (Aparte.)  
 Mala alma debe tener.

## ESCENA II

DICHOS, EL REY y CRIADOS.—Sale el Rey pálido y débil, sostenido por criados. Estos le conducen hasta un ancho sillón, en el que se coloca como hombre enfermo y doliente. Florencio acude á servirle.

REY. ¡Hola, Florencio!... Estarás  
 rendido.  
 FLOR. Ya descansé.  
 ¿Os sentís mejor?  
 REY. Un poco;  
 bastante débil.  
 FLOR. ¿Quereis  
 un almohadon?  
 REY. No hace falta;  
 así sentado estoy bien.  
 FROIL. Señor...  
 REY. ¡Ah! Padre Froilán,  
 mala noche.

- FROIL. Ya lo sé.
- REY. ¡Qué ataque!... Mi hora postrera  
ya llegada pensé ver.
- FROIL. Dios conservará una vida  
tan preciosa.
- REY. Ya mandé  
se celebren rogativas.
- FROIL. Eso os iba á proponer.
- REY. Ahora quiero con vos  
consultar.
- FROIL. Como gustéis.
- REY. Vosotros dejadnos solos... (Vánse los criados.)  
¡Ah! Florencio, no olvidé  
mi promesa.
- FLOR. ¡Qué, señor!  
Sanad pronto, y no penseis...
- REY. Ya sanaré con la gracia  
de Dios... Mas quisiera ver  
á la novia.
- FLOR. Si gustais,  
luego, señor, la traeré.
- REY. ¡Que me place!... Ve por ella.
- FLOR. Voy corriendo.
- REY. Hasta despues. (Váse Florencio.)

## ESCENA III

EL REY y FROILÁN

- REY. Ya solos hemos quedado;  
Padre, tomad, pues, asiento;  
tomad, que abriros intento  
hoy mi pecho acongojado.  
(Froilán toma un sillón, y se sienta al lado del Rey.)  
Bien lo veis: funesto mal  
mi triste vida consume,  
y en vano el arte presume  
para mi instante fatal;  
no me importa, venga, vuele;

más bien temo su tardanza;  
en Dios pongo mi confianza.  
Sólo mi nacion me duele.

FROIL. Señor, no habéis de esa suerte,  
ni cedais al desconsuelo;  
mirad que ofendeis al cielo  
así invocando á la muerte.

REY. ¡Yo invocarla!... Padre, no;  
lejos de mí tal pecado;  
mas si hay un rey desgraciado,  
ese sin duda soy yo.

FROIL. ¿Por qué, señor?... ¿Hay alguno  
que en poder con vos iguale?  
¿Pues cuál otro cetro vale  
el cetro español?... Ninguno.  
Leyes os miran dictar  
al uno y otro hemisferio,  
y jamás en vuestro imperio  
el sol deja de alumbrar.  
Con raudales de oro y plata  
todo un mundo os enriquece;  
¿quién tributo no os ofrece?  
¿quién no os respeta y acata?  
Pues si esto es cierto, señor,  
¿por qué la vida os enoja?  
¿Qué mala suerte os arroja  
así á manos del dolor?

REY. Nacido en día fatal,  
todo á mí contrario veo;  
el bien conozco y deseo,  
y sólo consigo el mal.  
Al solio niño subí,  
y entre encontradas facciones,  
juguete de sus pasiones,  
sólo rey en nombre fuí;  
su infame ambicion tal vez  
mi juventud marchitaba,  
y á degradarme aspiraba  
en perdurable niñez.



Mi humillacion conocí;  
romper logré mis cadenas,  
mas libre del yugo apenas,  
en otro yugo caí.  
Siempre enfermo, el peso grave  
no resistí del reinar;  
me fué preciso buscar  
quien dirigiese esta nave.  
Los más nobles ó alabados  
merecieron mi confianza,  
mas burlaron mi esperanza  
por ineptos ó malvados.  
¿Qué hicieron de aquel poder  
que heredé de mis abuelos?  
¿Qué fruto de sus desvelos  
he venido á recoger?  
Do quier derrumbarse siento  
este decadente Estado;  
los años de mi reinado  
por los desastres los cuento.  
Si algun dia de la guerra  
quise probar la fortuna,  
me ví sin gloria ninguna,  
roto en mar y roto en tierra;  
mis reinos menguados ya  
fueron en la lid funesta,  
y lo que de ellos me resta  
yermo y despoblado está.  
Mas no basta á mi dolor  
su presente desventura,  
que aun más su suerte futura  
llena el alma de temor.  
Lo conozco; ya en presencia  
de la eternidad me miro;  
mas á mi postrer suspiro,  
¿quién recogerá esta herencia?  
En vano por mí lució  
la antorcha nupcial dos veces,  
que sordo el cielo á mis preces,

mi lecho estéril dejó.  
Hoy que mi muerte interesa  
á monarcas ambiciosos,  
todos la acechan ansiosos,  
cual suele el lobo á su presa;  
¡y quién lo hubiera creído!  
ya con tan dulce esperanza,  
formando oculta alianza,  
mis reinos se han repartido.  
¡Oh infamia! ¡Oh mengual! ¡Oh dolor!  
¡Oh del hado injusta saña!  
¿Es esta, cielos, la España  
de Europa un tiempo terror?  
Con mi funesto vivir  
su poder eché por tierra,  
y la discordia, la guerra,  
son mi legado al morir.

FROIL.

Señor, por Dios, desechad  
tan tristes presentimientos;  
hijos tales pensamientos  
son de vuestra enfermedad.  
Si aleve coalicion  
vuestros Estados codicia,  
hablad, y de su justicia  
apelad á la nacion;  
á esta nacion de guerreros  
que ama y respeta á sus reyes,  
mas no sufre le den leyes  
ambiciosos extranjeros.  
Una palabra, señor,  
burlara sus pretensiones;  
sí; dejando indecisiones,  
nombrad vuestro sucesor.

REY.

¡Ay, Padre! En esa eleccion  
todos mis tormentos hallo;  
conmigo mismo batallo,  
y me tiembla el corazon.  
Amor y un deber sagrado  
al Austria mis votos dan,

pero por la Francia están  
prudencia y razon de Estado.  
¡Oh alternativa terrible,  
que otro arbitrio no consiente  
que el ser injusto pariente  
ó ser monarca insensible!  
Si el cielo al menos quisiera  
mi existencia prolongar,  
tal vez en el dilatar  
el remedio consistiera.  
Padre mio, ¿qué dolencia  
es esta, pues, que me acaba,  
que aunque más y más se agrava,  
ni aun la adivina la ciencia?  
¿Hay en esto algun misterio?  
Decid, vos bien lo sabeis.

FROIL. Señor...

REY. No disimuleis.  
Hablad; vuestro ministerio  
os obliga...

FROIL. No me es dado  
revelar...

REY. ¡Ay! ¿Será cierto?

FROIL. ¿Qué?

REY. A proferirlo no acierto...

Dicen... que estoy... hechizado.

FROIL. ¡Oh Dios!... ¿Quién osó decir?...

REY. ¿Conque es verdad?... ¡Cielo santo!

¡Ah! (Se cubre el rostro con las manos.)

FROIL. No hay que afligiros tanto,  
que aun está por decidir;  
de ello trata el Santo Oficio;  
no sé qué resolverá,  
pero la Iglesia sabrá  
conjurar el maleficio.

REY. Eso sí debeis hacer,  
y tal vez sanar consiga;  
desde hoy quiero se bendiga  
cuanto me den de comer.

FROIL. Iré luego al tribunal  
á avivar su santo celo;  
mas decid: ¿teneis recelo  
del origen de ese mal?  
Causa es preciso que exista,  
y al emplear el conjuro,  
el efecto es más seguro  
si la sabe el exorcista.

REY. Sólo á mis muchos pecados  
atribuirla yo puedo.

FROIL. Los reyes, os lo concedo,  
suelen ser harto culpados;  
mas vos siempre habeis vivido  
en santo temor de Dios.

REY. Yo tambien del vicio en pos  
un tiempo, Padre, he corrido.

FROIL. ¡Cómo... hablad!

REY. A vuestras plantas  
mi culpa confesaré,  
y mi dolor templaré  
con vuestras palabras santas.

(Se pone de rodillas delante del Padre Froilán; este le  
hace levantar, y el Rey se vuelve á sentar.)

FROIL. Alzaos, señor, alzaos;  
advertid que estais doliente,  
y aunque humilde penitente,  
os lo permito. Sentaos.

REY. Oid, Padre.

FROIL. Pecador,  
hablad: ¿qué nuevo delito  
vuestro corazon contrito  
así llena de terror?

REY. No es nuevo, no, Padre mio;  
há tiempo que soy culpado.

FROIL. ¿Y no lo habeis confesado?

REY. Sí tal; no soy tan impío.  
Mil veces, arrepentido,  
lo dije al Padre Matilla  
que os precedió en esa silla.



FROIL. ¿Y absolveros no ha querido?

REY. Sí, Padre, y aun penitencia  
hice ya con devocion;  
mas si él dió su absolucion,  
no me absuelve mi conciencia.

FROIL. ¿Qué culpa?...

REY. Yo tambien tuve,

cual otros, mi mocedad;  
pagué tributo á la edad,  
y descarriado anduve.

Era cuando Valenzuela  
mandaba la Monarquía,  
y mantenerme queria  
en vergonzosa tutela.

Las fiestas y los placeres  
acumulaba sagaz,  
porque turbasen la paz  
de mi pecho las mujeres.

¡Ay! Harto lo consiguió,  
y una, aunque plebeya hermosa,  
en el alma candorosa  
de amor la llama encendió.

Sí, Padre, yo la adoré,  
lo confieso con rubor,  
y en mi criminal ardor  
dulces momentos pasé.

Bendecir no quiere el cielo  
santa y legítima union,  
y logró torpe pasion  
lo que en vano ahora anhelo.

Hermosa como su madre,  
una niña... Perdonad,  
lloro... hago mal... es verdad,  
pero es el llanto de un padre.

FROIL. ¿Y cómo lo he de culpar?

Un monarca es hombre al fin,  
y sólo de un serafin  
es propio nunca pecar.

Mas esa niña, ¿do existe?

- ¿Cuidásteis de ella, señor?
- REY. ¡Ah! que mi culpa mayor  
en eso, Padre, consiste.
- FROIL. ¿Cómo?
- REY. Vino fray Matilla  
á combatir mi pasion,  
y lavó mi corazon  
de tan impura mancilla.
- FROIL. ¿Mas la niña?...
- REY. Su inocencia  
en mí turbaba la calma,  
y por la salud del alma  
la arrojé de mi presencia.
- FROIL. ¿La abandonásteis?
- REY. ¡Ah! No.  
Mandé á la madre dinero,  
mas con encargo severo  
de no verme.
- FROIL. ¿Y lo cumplió?
- REY. Diez y seis años habrá  
que no he vuelto á saber de ellas.
- FROIL. ¿Ni habeis seguido sus huellas?
- REY. Yo las siguiera quizá,  
no porque torpe aficion  
me arrastrara hácia la madre,  
pero el cariño de padre  
hablaba á mi corazon.
- FROIL. ¿Quién lo estorbó?
- REY. El confesor,  
que mi salvacion buscaba,  
esa flaqueza culpaba.
- FROIL. ¡Oh! Fué sobrado rigor,  
perjudicial, aunque santo;  
si así el gran Cárlos pensara,  
jamás á Europa salvara  
el vencedor de Lepanto.
- REY. ¿Luego pensais que debí  
acoger á esa inocente?
- FROIL. ¿Y por qué no?

REY. ¡Dios clemente!

¿por qué tan inícuo fui?

Mas, ¿dónde podré encontrarla?

FROIL. Dios, señor, os guiará.

REY. Bien; lo haré. ¡Cuál ansío ya

contra este pecho estrecharla!

Siento nacer un consuelo

que en mí por momentos crece,

y ya feliz me parece

me abre sus puertas el cielo.

Padre, la obra acabad;

dadme vuestra absolucion.

(Se arrodilla, y Froilán le da la absolucion, despues de lo cual se levanta.)

FROIL. Tomadla... y mi bendicion.

REY. Al cielo por mí rogad.

Ahora que ya aliviado

de cuerpo y alma me siento,

recibir la corte intento;

mas nos os marcheis de mi lado.

(Toca la campanilla de una escribanía que habrá sobre una mesa.)

ESCENA IV

## DICHOS y EL UGIER

UGIER. Señor, ¿qué es lo que mandais?

REY. ¿Quién aguarda en esas salas?

UGIER.      Aguardan el Cardenal,  
el embajador de Francia,  
el de Austria, los presidentes,  
el Conde de Frigiliana  
y otros grandes.

REY. Que entren todos.

(Váse el ugier.)

## ESCENA V

DICHOS, HARCOURT, HARRACH, PORTOCARRERO, MONTALTO, SAN ESTÉBAN, FRIGILIANA, OROPESA y otros GRANDES.—Los grandes se agrupan de modo que estén juntos los que pertenecen á cada una de las dos parcialidades de Francia y Austria. Portocarrero y San Estéban pertenecen á la primera; Oropesa y Montalto á la segunda; Frigiliana y algun otro forman grupo aparte.

REY. Señores, guárdeos el cielo.

PORT. Con impaciencia esperaba  
nuestra lealtad este instante;  
vuestra presencia nos saca  
de una penosa inquietud,  
y á Dios tributamos gracias,  
pues conservarnos le plugo  
á tan amado monarca.

REY. Pensé me llamaba á sí,  
mas al fin no ha sido nada  
y ya me siento mejor.

S. EST. ¿No veis qué abatido se halla?  
(Bajo á los de su corro.)

HARC. Muy poco vivirá ya.

OROP. Su enfermedad es muy mala. (Lo mismo.)

MONT. Cuál es?

OROP. Hechizo.

MONT y OTROS. ¡Jesús! (Se santiguan.)

REY. ¿Habeis dispuesto que se hagan,  
Cardenal, las rogativas?

PORT. Todos los templos de España  
al cielo dirigirán  
por vos fervientes plegarias.

REY. Está bien.—Oid, Harrach.  
(Harrach se acerca y el Rey le habla al oido. Entre tanto los grandes pertenecientes á las diferentes parcialidades se acercan unos á otros y se hablan en voz baja, conforme lo indica el diálogo.)

PORT. ¿Qué le dirá?



S. EST. No me agradan  
estos secretos.

HARC. No importa;  
al fin vencerá la Francia.

OROP. ¿No advertís que no hace caso  
del uno y al otro llama?

MONT. Eso nos prueba que el Rey  
da la preferencia al Austria.

PORT. Es fuerza no descuidarse.

S. EST. Esa funesta privanza  
de Oropesa...

FROIL. Nada haremos  
hasta derribarle.

S. EST. Nada.

HARC. Ya le preparo una buena.

PORT. ¿Pues qué?

HARC. Mis agentes andan  
promoviendo en contra suya  
una espantosa asonada.

S. EST. No hay otro medio.

FROIL. Lo apruebo.

(El Rey deja de hablar con Harrach; este se retira hácia  
el corro de los suyos, los cuales le preguntan con curio-  
sidad.)

REY. ¿Estais enterado?

HARR. Basta;  
no hé menester digais más.

OROP y MONT. ¿Qué os ha dicho?

HARR. Nuestra causa  
va viento en popa.

HARC. Apartaos,  
que mira el Rey.

REY. ¿Qué hay de Francia,  
Conde?

HARC. Mi amo y rey por vos  
se interesa y por España.

REY. Por eso en tratos secretos  
con Inglaterra y Holanda  
acaba de entrar, formando

los tres inícua alianza  
para repartir mis reinos;  
mas unos y otros se engañan,  
porque el leon español  
tiene energía sobrada,  
y aunque parece dormido,  
si sus contrarios le agravian,  
alzándose más terrible,  
no quedarán sin venganza.

HARC. Ningun peligro, señor,  
por mi rey os amenaza,  
y espero que su conducta  
será por vos aprobada.  
Sobre todo, ¿sus derechos  
no tiene Luis? ¿Quién extraña  
que defenderlos procure  
contra injustas esperanzas?

OROP. Las injustas son las suyas.  
¿Los derechos de la infanta,  
su esposa, no renunció?  
Pues bien, ¿por qué los reclama?

S. EST. No los pudo renunciar.  
Por ventura, ¿así se cambian  
las leyes de un reino? Sólo  
se quiso evitar que entrambas  
coronas se reuniesen;  
si este obstáculo se allana,  
al legítimo heredero  
¿quién la sucesion arranca?

OROP. La union y la independencia  
de monarquía tan vasta  
sólo puede conservar  
la dinastía austriaca.

PORT. ¿A qué discutir? El Rey  
tiene consultado al Papa:  
¿quién su sentencia infalible  
con veneracion no aguarda?

FRIG. Yo cual nadie la venero,  
mas su autoridad sagrada,

si es absoluta en la Iglesia,  
en este asunto no basta.  
Hay leyes, y por capricho  
nadie puede derogarlas.  
Cuando importantes cuestiones  
como esta cuestion se tratan,  
legítimo y nacional,  
con facultad soberana,  
un cuerpo no más existe:  
las Córtes... A convocarlas  
estais, señor, obligado,  
y Castilla las aguarda.  
Su fallo sumiso el reino  
siempre obedece y acata;  
mas donde falta su fuerza,  
¿qué vale otra fuerza?... Nada.

(Al oir estas palabras todos los cortesanos se muestran  
asombrados y murmuran, alejándose de Frigiliana. Sólo  
alguno da muestras de aprobacion.)

REY. Los murmullos que escuchais  
os advierten, Frigiliana,  
que ese atrevido consejo  
en el desacato raya.

Si os perdonara, seria  
dar á los osados alas  
para que al fin cohonestasen  
mi autoridad soberana.

Salid de mi corte al punto,  
é id desterrado á Granada.

FRIG. Señor...

REY. Basta; obedeced.

(Frigiliana se retira.)

Decidir en esta causa  
sólo á mí me pertenece;  
mas de ello hablar no me agrada.  
Despejad.

(Los cortesanos se van á retirar, pero al llegar á la puer-  
ta salen Florencio é Inés; se detienen, y prendados de  
esta última, vuelven atrás con ella.)

## ESCENA VI

DICHOS, FLORENCIO é INÉS.—Inés manifiesta reparo en entrar; Florencio la anima, y la hace adelantarse.

FLOR. No tengas miedo;  
entra, ven.

INÉS. ¡Ay, Dios!... ¡Si se hallan  
tantos señores!

FLOR. Son todos  
cortesanos que á las damas  
saben respetar.

HARC. Florencio,  
bribon! ¿cómo te acompaña  
tan bella jóven?

FLOR. Es que...

OROP. Con efecto, es una alhaja.

PORT. ¡Qué aire tan angelical!

HARC. Tiene la más linda cara...

(Harcourt se acerca á Inés, que asustada se refugia en los brazos de Florencio.)

INÉS. ¡Ay, Dios mio!

REY. ¿Qué hay?... ¿qué es eso?

FLOR. Yo soy, señor.—Ven, avanza, (A Inés.)  
que aquel es el Rey.

INÉS. Yo toda  
tiemblo como una azogada.

FLOR. Alienta.

REY. ¡Ah! Florencio, ¿vienes  
á cumplirme tu palabra?  
¿Es esa la novia?

FROIL. ¡Oh cielos!  
Es ella misma: ¡qué rabia!  
(Aparte y asombrado al ver á Inés.)

FLOR. Sí, señor. (Al Rey.)

REY. Bien me parece.  
Aire candoroso... trazas  
tiene de hacer buena esposa.

HARC. ¡Cómo!... ¿Con ella se casa



este perillan?

REY. Y hay más;  
que soy su padrino.

PORT. ¡Tanta  
bondad!

REY. Es fiel servidor,  
y yo no conozco tasa  
cuando lealtades premio.

OROP. Señor, os pido una gracia.

REY. ¿Cuál es?

OROP. Ser yo quien en nombre  
vuestro la conduzca al ara.

REY. Os lo concedo.

OROP. Las bodas  
se harán, Florencio, en mi casa.

FLOR. Mucho me honrais, señor conde.

MONT. Pues yo á la novia sus galas  
la prometo regalar.

S. EST. Yo tambien ricas alhajas.

HARC. Y yo...

FLOR. Señores...

REY. Bien; esa  
generosidad me agrada.  
Hermosa niña, acercaos...  
Nada temais... si un monarca  
de otros hombres se distingue,  
la bondad sola le ensalza.

INÉS. Ah señor... mi sobresalto  
disipan esas palabras.

REY. ¿Cuál es vuestro nombre?

INÉS. Inés.

REY. ¿Y vuestro padre?

INÉS. En mi infancia  
me lo arrebató el destino:  
murió sirviendo á su patria.  
REY. ¿Quién cuidó vuestra niñez?  
INÉS. Mi madre, madre adorada,  
cuya pérdida reciente  
mi alma de dolor traspasa.

- REY.           ¿Quién os protege en el mundo?  
INÉS.          La virtud y la esperanza.  
REY.          ¡Pobre niña!... mucho arriesga  
                la inocencia abandonada.  
INÉS.          De hoy más cesa mi orfandad,  
                pues vuestra bondad me ampara.  
REY.          Sí... sí... yo te ampararé.  
                ¡Oh qué sensacion tan grata  
                experimento al oirla!  
                Esa voz... esas miradas...  
                Ven, hija, acércate más.  
                ¿Conque tu madre te falta  
                tambien?  
INÉS.                       A la tumba fria  
                la llevaron sus desgracias.  
REY.          ¿Era infeliz?  
INÉS.                       ¡Ay! Jamás  
                la risa en su faz brillara.  
REY.          ¿Qué penas eran las tuyas?  
INÉS.          Fatal secreto agobiaba  
                su pecho, y á mi ternura  
                siempre lo ocultó obstinada.  
                Su existencia era llorar;  
                yo acudia á consolarla,  
                y más afligida entonces,  
                una profética llama  
                brillaba en sus ojos ¡ay!  
                que mil penas me anunciaba.  
                Exenta yo de recelos,  
                en Dios puse mi confianza.  
                Con la virtud, me decia,  
                con la virtud no hay desgracias;  
                si puro mi corazon  
                la alberga, si mis plegarias  
                dirijo al cielo con tino  
                y en su proteccion descansa  
                la inocencia, ¿quién podrá  
                dañar á quien nunca daña?  
                ¡Cuál me engañaba, señor!

Aquella dichosa calma  
en breve turbada fué  
por quien menos lo pensara.  
Un hombre... ¡yo me horrorizo!...  
mas no era un hombre, que su alma,  
templo de la hipocresía,  
de la maldad, de la infamia,  
fingiendo santa virtud,  
todo el infierno abrigaba.  
Este hombre...

(Mientras ha estado diciendo los anteriores versos, Froilán se habrá ido acercando á ella, y al llegar aquí se le coloca delante. Inés alza la vista, le mira, da un grito, retrocede, y va á refugiarse junto á Florencio, á quien abraza.)

¡Jesús mil veces!

¡Ay!

REY.

¿Qué es eso?

FLOR.

¡Inés!

OROP.

¿Qué causa?...

(Los cortesanos asombrados se acercan á Inés con interés.)

INÉS.

Huyamos de aquí. (Á Florencio.)

FLOR.

¿Por qué?

(Froilán se acerca á Inés, y asiéndola por un brazo, la atrae hácia él. Inés vuelve la cabeza y se resiste aterrada.)

INÉS.

¡Vos!... No... no... no.

(Froilán la tira con fuerza, se impone con la vista, y la conduce de nuevo hasta el Rey, diciéndole de paso en voz baja y con misterio.)

FROIL.

Ven... y calla.

REY.

¿Qué repentino terror?

FROIL.

¡Qué!... Señor... no ha sido nada.

INÉS.

Sí... nada... nada. (Con risa forzada.)

REY.

Prosigue...

INÉS.

¿Qué... señor?...

REY.

De tus desgracias

la historia.





mis ojos... y conmovido,  
palpita mi pecho.

FROIL. Basta,  
señor; advertid que estais  
débil y enfermo; arriesgada  
para vos pudiera ser  
esa conmocion extraña.

REY. Decís bien, Padre; conozco  
que la quietud me hace falta.  
Adios, hija, adios.—Florencio,  
condúceme hasta mi estancia.  
Despues de las rogativas,  
vuestras bodas celebradas  
quedarán.—Conde, os encargo  
los preparativos.

OROP. Nada  
faltará para que sean  
dignos de tan gran monarca.

INÉS. ¡Florencio!

FLOR. Espérame aquí.  
Vuelvo, que el deber me llama.  
(Vánse el Rey y Florencio por un lado, los grandes por  
otro.)

## ESCENA VII

INÉS y FROILÁN

FROIL. ¡Bueno!... Aquí queda. (Aparte.)

INÉS. ¡Santo Dios! Me dejan  
aquí sola con él... ¡Valedme, cielo!  
(Con el mayor sobresalto.)

FROIL. ¡Inés!

INÉS. Huyamos. (Quiere salir.)

FROIL. ¿Dónde vas?... Detente.  
(Va y la detiene.)

INÉS. Dejadme.

FROIL. Ven acá.

INÉS. No... no... ¡Florencio!

FROIL. Calla.

INÉS. Soltad.

- FROIL. Tu resistencia es vana.  
No, no te escaparás... ¡Al fin te encuentro!  
Propicio el hado mis anhelos cumple;  
si una vez te perdí, ya te poseo.
- INÉS. Y bien, ¿qué me quereis?
- FROIL. ¿Tú lo preguntas?  
¿Lo ignoras?
- INÉS. ¡Infeliz!
- FROIL. No, mi recuerdo  
te persigue, te acosa... tu descanso  
turba y destruye cual fatal ensueño,  
y tu mismo terror, tu llanto mismo  
prueban que siempre detestado objeto,  
en tí mi imágen con tus odios vive,  
cual yo con mi pasion aquí te encierro.
- INÉS. ¡Oh Dios!... ¿Qué escucho? Y aun osais hablarme  
de vuestro horrible amor, que me extremezco  
tan sólo al recordar!... Vos, cuyos votos...
- FROIL. ¡Mis votos!... Bien los sé... Duro, tremendo,  
imposible deber fieros me imponen,  
cambiando en crimen inocente afecto.  
Mis votos no olvidé, ni necesito  
me los recuerdes tú... Que al cielo ofendo,  
lo sé tambien, lo sé... Juzga tú ahora  
cuán grande es mi pasion, pues lo consiento.
- INÉS. ¡Cielos! Me horrorizais.
- FROIL. Oyeme... un año  
luché con este amor para vencerlo;  
lucha penosa, sin igual, tremenda,  
cual la lucha de Dios con el infierno.  
Huí del mundo, y mi fervor piadoso  
buscó de un claustro el sepulcral silencio.  
Al pié del ara me postré rogando,  
y su mármol bañé con llanto acerbo.  
Mi cabeza cubrí con vil ceniza;  
cruel cilicio atormentó mi cuerpo;  
mi mano armada de nudosas cuerdas,  
regó con sangre mis rasgados miembros;  
escasas yerbas mi alimento han sido,

y mi único descanso el duro suelo.  
Pensé que Dios tan penitente vida  
al fin premiara sofocando el fuego  
de mi funesto amor... ¡Vana esperanza!  
Cuanta más penitencia, más deseos.  
Do quier tu imágen me persigue: la hallo  
en la celda, en el claustro, hasta en el templo,  
y en la Virgen que miro sobre el ara,  
si la llego á implorar, tu rostro encuentro.  
Plegarias dirigir á Dios procuro,  
y expresiones de amor sólo profiero;  
y si pienso en la gloria algun instante,  
separado de tí no la comprendo.  
Mira este cuerpo flaco, extenuado;  
contempla este semblante macilento;  
son aun más que de ayunos y cilicios,  
estragos del amor que arde aquí dentro.  
Pues tanto sacrificio Dios no acepta,  
á mi pasion de hoy más todo me entrego.  
Mia tienes que ser.

INÉS. ¡Vuestra!

FROIL. O de nadie.

INÉS. Mentís... de otro soy ya.

FROIL. ¡De otro!... Pues eso,  
eso te pierde... ¡Tu desden... tus odios,  
todo sufrirlo resignado puedo;  
mas verte ajena!... No... Desventurada,  
responde: ¿sabes tú lo que son celos?

INÉS. ¡Yo?... No sé más que amar... y odiar ahora.

FROIL. Aborréceme, pues; yo lo consiento.  
En el odio tambien delicias hallo;  
en él tambien encontraré consuelos;  
si no puedo gozarme en tus caricias,  
en tu llanto podré gozarme al menos.

INÉS. ¡Mónstruo!

FROIL. ¡Qué digo?... No me creas... Oye:  
todavía capaz soy de un esfuerzo.  
Rompe esos nudos que formar intentas;  
á ese rival renuncia que aborrezco,

- y yo tambien, sacrificando entonces...
- INÉS. ¿A qué exigir lo que cumplir no puedo?
- FROIL. ¿Eso dices?... Pues bien; ámale, imbécil.  
No; ya no aspiro con ardientes ruegos  
tu afecto á conquistar; ni lo alcanzara,  
ni fuera menos tu desvío siendo  
mayor mi humillacion; tal vez consiga  
hoy del terror lo que de amor no espero.
- INÉS. ¿Quién?... ¿Vos? Jamás. ¿Y osais amenazarme?  
Horror sí me inspirais, pero no miedo.
- FROIL. ¡Insensata!... ¡Ay de tí!... ¡Tú no conoces  
cuánto en hombres cual yo puede el despecho!
- INÉS. Sí, lo conozco, sí... Basta miraros;  
todo esos ojos me lo están diciendo.  
Del infierno, sus furias y suplicios,  
es el retrato vuestro horrible aspecto.  
Mas ¿qué me importa?... Vuestra furia insana  
en vano me amenaza con tormentos,  
que así más firme á mi Florencio adoro,  
y á vos, bárbaro, á vos más os detesto.

### ESCENA VIII

DICHOS y FLORENCIO.— Florencio sale á la escena al principiar Inés los cuatro versos anteriores, y se para escuchando.

- FLOR. ¿Qué he escuchado? ¡Oh furor!
- INÉS. ¡Florencio!
- FLOR. ¡Padre!
- (Con aire amenazador.)
- FROIL. ¿Qué quieres, rapaz?
- FLOR. ¿Qué es lo que quiero?  
Esas palabras explicadme ahora  
que acabo de escuchar... Creer no puedo  
la atroz sospecha que...
- FROIL. Ella las dijo;  
á ella toca explicarlas.
- INÉS. Ven, Florencio;  
huyamos de este sitio.
- FLOR. No, que todo,



todo el horrible arcano ya comprendo;  
si tus ojos, tu hablar no lo dijeran,  
lo dijera el horror que al verle siento.  
Este es el hombre vil que te persigue;  
la causa es esta de tu llanto acerbo;  
en la triste Alcalá le conociste,  
y de allí nos le trajo el mismo averno.

FRÖIL. Pues bien, yo soy... Sin máscara engañosa,  
sin disfraz ante tí mostrarme quiero;  
mira en mí tu rival, rival terrible;  
yo adoro con furor, con él detesto.

FLOR. Si mis manos mancharse no temiesen  
con esa sangre vil, hora mi acero...  
Mas el Rey lo sabrá; mi labio al punto  
quién sois le va á decir.

FRÖIL. Díselo, necio.  
¡Piensas te ha de creer!... Cuando á mis plantas  
cada día le miro, cuando tengo  
su conciencia en mis manos, ¿quién contrasta  
mi omnímodo poder? Este secreto  
ve, pues, y le revela, lo permito,  
mas sólo para tí será funesto.

FLOR. ¡Ah! ¡Qué hartó bien decís!... Supersticiosos,  
así besan los hombres vuestros hierros;  
alma de Lucifer teneis, inícuos,  
y adorados cual ángeles os vemos.  
Huid de mi presencia, ó bien...

FRÖIL. Me marchó,  
pero conmigo la venganza llevo.  
Amaos, infames, mas será por poco;  
temblad... pronto vereis lo que yo puedo. (Váse.)

INÉS. ¡Ay! ¡Sus palabras de pavor me llenan!

FLOR. Ven á mis brazos, pues, y alienta en ellos.

INÉS. ¡Florencio!

FLOR. ¡Inés!

INÉS. ¿Me quieres?

FLOR. Te idolatro.

INÉS. ¡Ah! Si á tu lado estoy, nada recelo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

---

## ACTO SEGUNDO



El teatro representa la sacristía del convento de Atocha. El fondo estará abierto por tres grandes puertas ó arcos, por entre los cuales se ven los claustros y el patio. En el claustro se descubren los retratos de los reyes de España, y estos retratos llegan hasta dentro de la sacristía, en la cual estarán los de los reyes de la dinastía austriaca, viéndose junto al proscenio el de Cárlos V. A la derecha del espectador una mesa de nogal como las que se usan en las iglesias, y un gran sillón de baqueta.

### ESCENA PRIMERA

(Al alzarse el telón se ve pasar por el claustro una procesion. En seguida de toda la comunidad van muchos grandes y señores ricamente vestidos, y últimamente el Rey con los embajadores, el Cardenal y toda la corte. Todos llevan hachas encendidas. Sigue un numeroso pueblo. Mientras pasa la procesion, se oye dentro una música, á cuyos acentos entonan los religiosos el siguiente himno.)

#### CORO

Oye benéfico,  
Supremo Dios,  
De fieles súbditos  
La triste voz.

Si Saul réprobo  
Por tí sanó,  
De un rey católico  
Ten compasion.

## ESCENA II

FROILÁN.—A poco de pasar la procesion sale por el foro Froilán muy despacio, con los brazos cruzados y meditabundo.

FROIL. No; nunca la obtendré yo...  
nunca... El cielo en sus rigores,  
ó el infierno en sus furores,  
tanta dicha me negó.  
Con ella me arrebató  
virtud, placer y sosiego.  
Destino injusto, hado ciego,  
si el tierno amor me vedaste,  
¿por qué en mi pecho encerraste  
este corazon de fuego?  
¡Sufrir yo!... ¡Ser feliz ella!...  
¡Ser con ella otro dichoso!  
¡Oh! ¡Pensamiento horroroso!  
Maldigo mi infausta estrella.  
¡Ay triste! ¿Ni una centella  
de alivio á tus males ves?...  
Una, sí... bárbara es...  
¡La venganza!... Yo la anhele;  
sólo puedo hallar consuelo  
siendo infelices los tres.  
¡La venganza!... ¿Y he de ser  
tan bárbaro, por ventura,  
que en tan tierna criatura  
mi saña habré de ejercer?  
Mas tal es hoy tu querer,  
¡oh cielo!... Si era menor  
lejos de ella mi dolor,  
cuando á volvérmela llegas,  
pues á mi amor no la entregas,  
la entregas á mi furor.  
(Se oye otra vez á lo lejos la música y el coro.)  
¡Oh! ¡Cuán mi pecho atormentan  
esos místicos cantares!  
Al oirlos, mis pesares,

mis furores se acrecientan...  
 Los votos que me violentan,  
 este traje, esta clausura,  
 sepulcro de mi ventura,  
 yo los odio... ¡Maldicion!  
 Lo que en otro es salvacion,  
 en mí el infierno asegura.  
 (Se sienta pensativo.)

### ESCENA III

FROILÁN, EL INQUISIDOR GENERAL, EL PRIOR DE ATOCHA y  
 EL VICARIO DE LAS MONJAS DEL ROSARIO.—El Inquisidor y el  
 Prior se quedan al foro hablando.

INQ.           ¿Lo habeis entendido bien?  
 PRIOR.       Sí, señor.  
 INQ.           ¿Estará todo  
                   dispuesto?  
 PRIOR.       Nada hará falta.  
 INQ.       Mucho aparato.  
 PRIOR.       Asombroso.  
 INQ.       La comunidad entera  
                   ha de asistir.  
 PRIOR.       Ni uno solo  
                   faltará.  
 INQ.           Muchos ciriales.  
 PRIOR.       Cual solemne mortuorio.  
 INQ.       Va en ello la salvacion  
                   del Estado.  
 PRIOR.       Lo supongo.  
 INQ.       Luego fray Mauro vendrá,  
                   que es exorcista famoso.  
 PRIOR.       Como que de Austria le envía  
                   el Emperador Leopoldo.  
 INQ.       Id, y aguardad el aviso.  
 PRIOR.       Todo al punto lo dispongo. (Vase.)



## ESCENA IV

FROILÁN, EL INQUISIDOR y EL VICARIO

- INQ. ¡Padre Froilán!
- FROIL. ¡Ah, señor! (Se levanta.)
- INQ. ¿Solo aquí?
- FROIL. Hace muy poco.
- INQ. ¿La funcion abandonais?
- FROIL. Me fué dejarla forzoso.  
¡Tanta luz! ¡Tanto calor!
- INQ. Hace ya dias que noto  
que desazonado andais.
- FROIL. Algo.
- INQ. Hay en vuestros ojos  
cierta cosa...
- FROIL. ¿Qué decís?
- INQ. Bueno y santo es ser devoto,  
pero el exceso tambien  
suele dañar.
- FROIL. Lo conozco.
- INQ. Menos penitencia, pues,  
que al fin no sois ningun mónstruo.
- FROIL. ¡Pluguiera al cielo!
- INQ. ¿Qué?
- FROIL. Nada...  
dejemos... ¿Se acaba pronto  
la funcion esa?
- INQ. Sí, luego.  
Magnífica ha sido; como  
que el Rey todo el tiempo ha estado  
sin pestañear... ¡Qué asombro!  
¡En un señor tan enfermo,  
tal resistir!... Mil encomios  
merece su devocion,  
y á todos nos deja absortos.
- VIC. Dios le da fuerzas, sin duda.
- INQ. Por supuesto... de otro modo...

- ¡Y que en un cuerpo tan santo  
esté metido el demonio!
- VIC. ¡Lástima grande, en verdad!
- INQ. De ello estaba tan remoto...
- FROIL. Las pruebas son terminantes.
- VIC. Por la causa es ya notorio  
el maleficio del Rey;  
hay declaracion de teólogos,  
y dudar fuera herejía.
- INQ. ¿Dudarlo?... ni por asomo.  
A vos tamaño servicio (Al Vicario.)  
debe España, Padre Antonio.
- VIC. Señor...
- INQ. Seguid... No dudeis  
que el premio...
- VIC. Nada ambiciono.
- FROIL. Aun por hacer falta mucho.
- VIC. Sí... ya lo sé.
- FROIL. Sobre todo (Con intencion.)  
averiguar el autor  
del maleficio.
- VIC. Yo pongo  
los medios, mas al conjuro  
aun se resiste el demonio.
- INQ. Pues amigo, compelerle,  
y que ande listo el hisopo.
- VIC. Tiempo vendrá... mas ahora  
al más urgente socorro  
es lo que importa acudir,  
y eso que sea muy pronto.  
Mirad que si dilatais  
los remedios que propongo,  
atais las manos á Dios...  
y ya de nada respondo.
- INQ. Por eso, así que se acabe  
esta funcion, es forzoso  
que aquí se exorcise al Rey.
- FROIL. Vuestro parecer adopto.  
(Pasan por el claustro gentes que se retiran de la iglesia.)

INQ. Pero ya sale la gente,  
y el Rey, si no me equivoco,  
viene allí... Padre Froilán,  
id, y mientras le dispongo  
al exorcismo, en la iglesia  
mandad que todo esté pronto.

FROIL. Está bien.

(Al tiempo de marcharse pasa por junto al Vicario y le  
dice en voz baja y con misterio.)

Padre Vicario...

VIC. Señor...

FROIL. Con vos de un negocio  
tengo que tratar.

VIC. Soy vuestro.

FROIL. Luego, cuando estemos solos. (Váse.)

### ESCENA V

EL REY, EL INQUISIDOR, EL VICARIO, HARCOURT, PORTOCARRERO,  
EL PRIOR y séquito

REY. Entremos aquí, señores,  
descansaremos un poco.

HARC. La funcion ha sido larga.

REY. No tal... dos horas en todo.

HARC. Tres cabales.

REY. No pensé...  
siempre me parecen cortos  
estos santos ejercicios.

PRIOR. Eso, señor, es muy propio  
de vuestra piedad.

REY. Merece,  
Padre Prior, mil elogios  
de esta solemne funcion  
el aparato grandioso.

PRIOR. Los religiosos de Atocha  
que del privilegio honroso  
gozan de adornar su templo  
con los triunfales despojos  
que gana España en las lides,

y siempre miran en torno  
de nuestros ínclitos reyes  
los retratos, cuando votos  
dirigen por sus monarcas  
al cielo, nada costoso  
encuentran.

REY. Ni á mí me duele  
tampoco abrir mis tesoros  
para enriquecer, cual debo,  
estos asilos piadosos.  
En Sevilla extensas tierras  
posee mi patrimonio;  
ya son vuestras.

PRIOR. ¡Ah señor!...

REY. En recompensa os impongo  
la obligacion de mil misas  
para mi eterno reposo.  
¡Hola, Padre Inquisidor!  
Dichosos al fin los ojos  
que os ven; muy graves asuntos  
os han de ocupar, supongo,  
cuando en la córte no os veo.

INQ. Y tan graves, que es forzoso  
que de ellos hable con vos.

REY. Decís eso con un tono...

INQ. Vuestra salvacion tal vez  
depende de este coloquio.

REY. ¡Mi salvacion!

INQ. Sí, señor.

Permitid quedemos solos.

REY. Despejad. (A los grandes y comitiva.)

PRIOR. Señor, sentaos.

REY. Bien. (Se sienta en el sillón.)

PRIOR. ¿Quereis algo?

REY. Algo flojo  
me siento.

PRIOR. Tomad un trago  
de Jerez y unos bizcochos.

REY. No; mejor me sentará



el chocolate.

PRIOR. ¿Con bollos?

REY. De los de Jesus.

PRIOR. Se entiende,  
que aquí no gastamos otros.

ESCENA VI

## EL REY, EL INQUISIDOR y EL VICARIO

REY.        Hablad, pues, Inquisidor;  
ya os escucho... Mas, ¿no os vais, (Al Vicario.)  
Padre Cura?... ¿A qué aguardais?

INQ. Debe quedarse, señor.

REY.           ¿Importa aquí su presencia?

INQ.	Imports.
1870	1870
1871	1871
1872	1872
1873	1873
1874	1874
1875	1875
1876	1876
1877	1877
1878	1878
1879	1879
1880	1880
1881	1881
1882	1882
1883	1883
1884	1884
1885	1885
1886	1886
1887	1887
1888	1888
1889	1889
1890	1890
1891	1891
1892	1892
1893	1893
1894	1894
1895	1895
1896	1896
1897	1897
1898	1898
1899	1899
1900	1900
1901	1901
1902	1902
1903	1903
1904	1904
1905	1905
1906	1906
1907	1907
1908	1908
1909	1909
1910	1910
1911	1911
1912	1912
1913	1913
1914	1914
1915	1915
1916	1916
1917	1917
1918	1918
1919	1919
1920	1920
1921	1921
1922	1922
1923	1923
1924	1924
1925	1925
1926	1926
1927	1927
1928	1928
1929	1929
1930	1930
1931	1931
1932	1932
1933	1933
1934	1934
1935	1935
1936	1936
1937	1937
1938	1938
1939	1939
1940	1940
1941	1941
1942	1942
1943	1943
1944	1944
1945	1945
1946	1946
1947	1947
1948	1948
1949	1949
1950	1950
1951	1951
1952	1952
1953	1953
1954	1954
1955	1955
1956	1956
1957	1957
1958	1958
1959	1959
1960	1960
1961	1961
1962	1962
1963	1963
1964	1964
1965	1965
1966	1966
1967	1967
1968	1968
1969	1969
1970	1970
1971	1971
1972	1972
1973	1973
1974	1974
1975	1975
1976	1976
1977	1977
1978	1978
1979	1979
1980	1980
1981	1981
1982	1982
1983	1983
1984	1984
1985	1985
1986	1986
1987	1987
1988	1988
1989	1989
1990	1990
1991	1991
1992	1992
1993	1993
1994	1994
1995	1995
1996	1996
1997	1997
1998	1998
1999	1999
2000	2000
2001	2001
2002	2002
2003	2003
2004	2004
2005	2005
2006	2006
2007	2007
2008	2008
2009	2009
2010	2010
2011	2011
2012	2012
2013	2013
2014	2014
2015	2015
2016	2016
2017	2017
2018	2018
2019	2019
202	

**REY.** Pues que se quede.

INQ. Es varon que mucho puede  
con su milagrosa ciencia.

REY. ¿Qué ciencia?

INQ. Os asombrareis.

REY.      ¿Cuál?

INQ. Habla con el demonio.

REY. Con el... ¡Jesus! ¡San Antonio  
me valga! (Se persigna.)

INQ. No os asusteis.

REY. ¿Teneis de ello buenos datos?

INO. Yo mismo le suelo oír.

REY.                   ¿Sí?

VIC. ¿Quién no se ha de reir (Aparte.)  
de este par de mentecatos?

REY.           ¿No es caso de Inquisicion?

INQ. La Inquisición lo permite.

REY. ¡Ah!... ¡ya!

VIC. Dadme á besar...  
(Arrodillándose para besar la mano.)

REY. Quite,  
aparte.

INQ. ¿Por qué razón?

- REY. ¿No es nada?... ¡Un hombre que tiene pacto con el diablo!
- VIC. ¿Yo?
- INQ. ¿El con el diablo?
- REY. ¡Pues no!
- INQ. Señor, si á sanaros viene.
- REY. ¿A sanarme?
- INQ. Esa dolencia que nadie alcanza á curar, ¿no os da ya que sospechar?
- REY. Dicen que tiene apariencia de...
- INQ. Y algo más.
- REY. ¿Conque al fin... es cierto?... ¡Ay Dios!... ¡Qué dolor!
- VIC. Fallece.
- INQ. Señor... señor...
- VIC. Para un rey, qué alma tan ruin. (Aparte )
- REY. No griteis... es un vahido... ya serenándome voy... Decid... ¿es verdad que estoy de los malos poseido?
- INQ. ¿No os lo ha dicho, por ventura, vuestro confesor?
- REY. Sí tal; mas creer tan fiero mal es en verdad cosa dura.
- INQ. ¿Y no le mandásteis vos consultar al Santo Oficio?
- REY. Pues bien; se ha hallado un indicio que...
- REY. Decídmelo, por Dios.
- (Se levanta y se coloca entre los dos.)
- INQ. El medio ha sido, en verdad, sorprendente, sobrehumano; mas do no alcanza lo humano, entra la divinidad.
- REY. Ya se ve... yo á Dios no quito el poder de hacer portentos.

- INQ. Cuando hechos los tiene á cientos,  
¿por vos no hará uno chiquito?
- REY. ¿Por mí, pecador?
- VIC. Sois rey;  
con quien es de régia casta  
otras atenciones gasta  
que con la plebeya grey.
- REY. Eso ya huele á lisonja...  
Decid el milagro, pues.  
¿Lo habeis hecho vos?
- VIC. No; que es  
quien suele hacerlo una monja.
- REY. ¿Qué decís, santo varon?
- VIC. De unas monjas soy Vicario  
que á la Virgen del Rosario  
tienen suma devocion.  
¡Unas bienaventuradas!
- REY. ¿Pero qué tienen que ver  
las madres con Lucifer?
- VIC. Es que están maleficiadas.
- REY. ¿De veras?
- INQ. Eso es notorio.
- REY. ¿Pero todas?
- VIC. Todas no.  
Tres... y aun así paso yo  
las penas del purgatorio.
- REY. ¿Por qué?
- VIC. Para conjurarlas.  
Si fuera de sí las pone  
Lucifer. ¡Dios me perdone!
- REY. ¿No habeis podido sanarlas?
- VIC. Imposible.
- REY. ¡Jesus mio!  
¿Luego en mi mal no hay enmienda?
- VIC. Sí.
- REY. Buscad quien os entienda;  
ya de oiros desvarío.
- VIC. Del cuerpo de un hombre, sí  
se puede al diablo expeler;

- mas si es cuerpo de mujer  
no hay quien le arranque de allí.
- REY. Es cosa extraña, por cierto.  
¿Y habla con vos ese diablo?
- VIC. Sí, señor... como yo os hablo.
- INQ. Con mi permiso, os advierto.
- REY. Cuando vais á preguntarle,  
¿los secretos os revela?
- VIC. No, que tambien se rebela  
y á la fuerza hay que obligarle.
- REY. ¿Cómo le obligais?
- VIC. Haciendo  
en su presencia la cruz,  
y á veces tambien la luz  
de santas velas enciendo.  
Con el hisopo sin duelo  
le cubro de agua bendita.  
El allá dentro se irrita  
y pone el grito en el cielo;  
la monja da compasion,  
y hace visajes horribles;  
mas á mis votos terribles  
cede del diablo el teson.  
Entonces, sin resistencia  
se deja al ara llevar,  
y allí le obligo á jurar  
que ha de prestarme obediencia.
- REY. ¿Y por quién jura el protervo?
- VIC. Jura por Dios trino y uno.
- REY. Cristiano está.
- VIC. Cual ninguno;  
tal es su dolor de acerbo.
- REY. En fin, ¿qué os dice de mí?
- VIC. Jura á Dios que estais infesto.
- REY. Mas este hechizo funesto,  
¿cómo, cuándo le adquirí?
- VIC. Os lo dieron en bebida.
- REY. ¿Qué bebida?
- VIC. Chocolate.



- REY. No digais tal disparate.
- VIC. El lo jura por su vida.
- REY. Con estas cosas me ofusco.  
¡Chocolate!
- VIC. Sí, en verdad.
- REY. ¡Que encierre tanta maldad  
un poco de soconusco!
- (Sale un Lego con una bandeja, una marcelina de plata,  
chocolate y bollos.)
- LEGO. Señor...
- REY. ¿Qué?
- LEGO. Si sois servido...
- REY. ¿Qué es lo que traeis ahí?
- LEGO. Chocolate.
- REY. ¿Para mí? (Retrocediendo.)
- LEGO. Sí, señor; lo habeis pedido.
- REY. No lo quiero ya.
- INQ. Tomadlo.
- REY. ¿El qué?... ¿Ese negro brebaje?  
De verlo me da coraje.
- INQ. ¡Y hecho aquí!
- REY. Es verdad... dejadlo.
- (El Lego deja el chocolate sobre la mesa, y váse.)
- INQ. Sin escrúpulos podeis  
tomarlo, que es de regalo.
- REY. Con todo, no será malo  
que la bendicion le echeis.
- (El Inquisidor bendice el chocolate. El Rey se sienta, y  
despues de tomar una sopa, dice:)
- ¡Con chocolate!... Por cierto  
que es particular hechizo.  
Más, ¿señor, con qué se hizo?  
¿qué habria en él?
- VIC. Cuerpo muerto.
- REY. ¡Cuerpo muerto!... ¡Ave María!  
¿Eso dice Satanás?
- (Repele el chocolate, y se levanta horrorizado.)
- INQ. ¡Qué... ¿Dejais?
- REY. No quiero más.

- ¡Y de un ahorcado seria,  
que esos malos hechiceros  
buscan siempre ajusticiados!
- VIC. Ya sus miembros entregados  
estaban á buitres fieros.
- REY. ¿No lo dije?... ¡Compasion!
- VIC. Con los sesos el malsin  
hizo el misto.
- REY. ¿Y á qué fin?
- VIC. Perturbar vuestra razon.
- REY. ¿Y al hechicero no cita?
- VIC. Sólo dice fué mujer.
- REY. Por fuerza habia de ser  
alguna vieja maldita.  
¿No veis, Padre, qué dolor? (Al Inquisidor.)  
¿Qué haremos?
- INQ. Poner remedio.
- REY. ¿Pero cuál?
- VIC. Luzbel da el medio.
- REY. ¡Cómo!... ¡Luzbel!!...
- VIC. Sí, señor;  
que aunque es por natura insano,  
á dar remedios se aviene,  
y él tambien á veces tiene  
partidas de buen cristiano.
- REY. ¡Ya respiro!... ¿Pero quién  
de él esperará consuelo?
- INQ. Para castigarle, el cielo  
le compele á hacer el bien.
- REY. En fin, ¿qué haremos en esto?
- VIC. En ayunas un vasito  
tomad de aceite bendito;  
pero no comais tan presto.
- REY. Yo comer poco deseo,  
y por eso estoy tan magro.
- VIC. ¡Sí; que vivais es milagro!  
¿Paseais?
- REY. Nunca paseo.
- VIC. Pues hacedlo con frecuencia.

Tomad los récipes mismos  
que mandan los exorcismos,  
si hubiere en vos suficiencia.  
¿La teneis?

INQ. Preceptos vanos;  
fuerza bastante no tiene.

VIC. Pues entonces no conviene,  
no se quede entre las manos.

INQ. Mejor será del conjuro  
el aparato grandioso,  
que es de efecto y religioso.

REY. Bien está... si con él curo...  
Mas ¿cuándo y cómo será?

INQ. Aquí será el mejor modo.  
Dispuesto lo tengo todo,  
y ahora mismo se hará.

REY. ¿Ahora?

INQ. ¿Teneis reparo?

REY. No... pero...

INQ. Dispuesto estais.

De comulgar acabais,  
ni yo de vos me separo.

REY. ¿Me tratareis con piedad?

INQ. Cesaremos si os molesta.

La iglesia estará dispuesta.

Padre Vicario, avisad. (Váse el Vicario.)

## ESCENA VII

EL REY y EL INQUISIDOR

REY. ¿Y hará tambien el conjuro  
este Padre, por supuesto?

INQ. No, señor, que para vos  
mejor exorcista tengo.

REY. ¿Quién es, pues?

INQ. Fray Mauro Tenda;  
de capuchinos un lego  
que en Alemania ha adquirido  
gran reputacion, haciendo

muchas curas milagrosas,  
y aquí viene de ex-profeso  
para sanaros á vos.

REY. ¡En Alemania!... Lo creo,  
que hay allí muchos herejes.  
En sus manos me encomiendo.

### ESCENA VIII

EL REY, EL INQUISIDOR, FROILÁN, EL PRIOR, FRAY MAURO y RELIGIOSOS.—Los religiosos salen todos con hachas encendidas, cantando el «De profundis», y se colocan en dos filas. Fray Mauro, acompañado de dos sacristanes con el caldero del agua bendita y el hisopo, se acerca al Rey, llevando una gran cruz en la mano.

INQ. Señor... si gustais...

REY. ¿Es este  
el fray Mauro Tenda?

INQ. El mismo.

REY. Advertidle que estoy débil,  
y que se vaya con tiento.

INQ. Ya lo está.

REY. Padre Froilán,  
¿qué es lo que vos decís de esto?

FROIL. Que vuestra salud, vuestra alma,  
necesitan tal remedio.

REY. Siendo así, conformidad.  
Vamos, pues lo manda el cielo.

INQ. Esperad, que no podeis  
marchar con tales arreos.

REY. ¿Cómo?

INQ. La pompa mundana  
es fuerza dejar primero;  
el penitente, no el rey,  
en vos contemplar debemos.

REY. ¿Qué haré, pues?

INQ. Esas insignias  
quitaos, señor, del pecho.

REY. Sea.

(Se quita el collar del toison, la espada, la daga, se pone



la capa de un hábito que le presentan, y hace todo lo demás que indica el diálogo.)

INQ. La espada.

REY. Tomadla.

INQ. Colgad de los hombros vuestros este hábito.

REY. Bien está.

¿Qué más?

INQ. Traed un rosario.

REY. El mio conmigo llevo.

INQ. Llevad en la mano un cirio.

REY. Venga, pues.

INQ. Ahora, marchemos.

(Vánse todos cantando de nuevo el «De profundis»; Froilán se queda, y al tiempo de pasar por la puerta el Vicario, que va detrás de todos, se acerca á él y le llama tocándole en el hombro.)

## ESCENA IX

FROILÁN y EL VICARIO

FROIL. Padre Vicario, palabra.

VIC. Vuestro soy, Padre Froilán.

FROIL. A solas tengo que hablarle.

VIC. Hable su paternidad,  
mas suplico sea breve  
porque esperándome están.

FROIL. No haceis falta; el capuchino  
basta para exorcisar.

VIC. Con todo; si cometiese  
algun descuido fatal...

FROIL. Miradme bien, Padre cura.

VIC. Ya os miro.

FROIL. Pero formal.

VIC. El caso no es para risa.

FROIL. ¿Sabeis lo que digo?

VIC. Hablad.

FROIL. Que hay misterio en este hechizo  
he llegado á sospechar.

- VIC. Yo no pongo nada mio;  
quien lo dice es Satanás;  
si en ello hubiera mentira,  
mia no, suya será.
- FROIL. ¿A mí me venís con esas?  
Padre Vicario, dejad,  
dejad pacífico al diablo,  
que bien se está por allá.
- VIC. Maleficios reconoce  
la Iglesia; ¿vos los negais?
- FROIL. Si los niego ó no los niego,  
no es la cuestion.
- VIC. ¿Cuál será?
- FROIL. Acercaos, que estas cosas  
bajito se han de tratar.  
Decid: ¿qué pena merece  
quien es embustero asaz  
para suponer conjuros  
y á todo un rey engañar,  
haciendo atrevido escarnio  
del más santo tribunal,  
y promoviendo una farsa  
que hora profana el altar?
- VIC. Y decidme: ¿cuál merece  
el confesor desleal  
que sabiendo tal secreto  
lo calla astuto y sagaz,  
deja que corra el engaño,  
y en vez de cortar el mal,  
acaso de la impostura  
es el autor principal?
- FROIL. Si yo al primero descubro,  
luego ahorcado le verán.
- VIC. Y si yo descubro al otro,  
mal á fe lo pasará.
- FROIL. Sólo entre los dos advierto  
una diferencia.
- VIC. ¿Cuál?
- FROIL. Que es el uno poderoso,

y el otro tan bajo está,  
que cual gusano mezquino  
sus plantas le aplastarán.

VIC. O cual víbora, tal vez  
muerta á quien le ose pisar.

FROIL. Altillo está el insectillo;  
mas su orgullo bajará  
cuando sepa que há ya tiempo  
conozco yo al perillan.

VIC. ¿Qué decís?

FROIL. Que es linda pieza  
el buen señor Pedro Sanz.

VIC. ¿Mi nombre sabeis?

FROIL. ¡Pues no!

Lo del Antonio es disfraz;  
y si gustais, vuestra vida  
os diré de pe á pa.

VIC. No... ¿Para qué?

FROIL. Un solo rasgo  
bastará para señal.

Esta corona postiza  
que encubre tanta maldad,  
ningun obispo os la hizo,  
sino el barbero y no más;  
con diarios sacrilegios  
á Dios insultando estais,  
y ya encendida os aguarda  
la hoguera inquisitorial.

VIC. ¡Ah... compasion! (Se arroja á sus piés.)

FROIL. ¿Cómo es eso?

¿El áspid no muere ya?

VIC. Fué necia jactancia.

FROIL. Así

os quiero yo... Pero alzá.

VIC. ¡Ah! Prometédme primero...

FROIL. Alzá... que no os quiero mal.  
Decid... con estos conjuros,  
¿qué recompensa buskais?

VIC.. Yo... Padre...

FROIL.                      Hablad con franqueza.

¿Quereis por dicha obispar?

VIC. Bueno fuera... pero tanto...

aun no me juzgo capaz...

Mi ambicion se limitaba

á canónigo no más.

FROIL. Pues seréislo.

VIC. ¿Qué decís?

FROIL.      Que lo sereis.

VIC.                               ; Os burlais?

FROIL. ¿Tengo cara de burlon?

VIC. No la teneis en verdad.

FROIL. Oid... la hoguera os ofrezco,  
ó una canongía... Optad.

ó una canongía... Optad.

VIC. No es dudosa la eleccion;  
venga lo segundo acá.

venga lo segundo acá.

FROIL. Sí... mas es un buen bocado,  
y se debe antes ganar.

y se debe antes ganar.

VIC. Por de contado... y ya espero...

FROIL. ¿Me pondreis dificultad?

VIC. ¿Yo?... Ninguna.

FROIL. No sabeis...

VIC. Sé que bueno no será.

FROIL. ¿De qué lo inferís?

VIC. La oferta

lo dice con claridad.

FROIL.      Ya veo...

VIC.                      Uno y otro  
                              nos comprendemos.

nos comprendemos.

FROIL.	Cabal.
1	1
2	2
3	3
4	4
5	5
6	6
7	7
8	8
9	9
10	10
11	11
12	12
13	13
14	14
15	15
16	16
17	17
18	18
19	19
20	20
21	21
22	22
23	23
24	24
25	25
26	26
27	27
28	28
29	29
30	30
31	31
32	32
33	33
34	34
35	35
36	36
37	37
38	38
39	39
40	40
41	41
42	42
43	43
44	44
45	45
46	46
47	47
48	48
49	49
50	50
51	51
52	52
53	53
54	54
55	55
56	56
57	57
58	58
59	59
60	60
61	61
62	62
63	63
64	64
65	65
66	66
67	67
68	68
69	69
70	70
71	71
72	72
73	73
74	74
75	75
76	76
77	77
78	78
79	79
80	80
81	81
82	82
83	83
84	84
85	85
86	86
87	87
88	88
89	89
90	90
91	91
92	92
93	93
94	94
95	95
96	96
97	97
98	98
99	99
100	100

Del maleficio del Rey  
oculto el autor está.

oculto el autor está.

VIC. Yo lo creo.

FROIL. Nunca á nadie  
llegásteis á señalar.

llegásteis á señalar.

VIC. Difícil era.

FROIL. Pues yo  
ahorrar os quiero ese afan.

ahorrar os quiero ese afan.

VIC. ¿Cómo?



- FROIL. Diciéndoos el nombre  
del hechicero.
- VIC. ¿El real?
- FROIL. Que lo sea ó no lo sea,  
ese solo ha de sonar.
- VIC. Ya entiendo.
- FROIL. Cuando volviéreis  
vuestra monja á conjurar,  
del hechizo á una persona  
acusará Satanás.
- VIC. Está muy bien... Mas al caso,  
¿cuál es el nombre?
- FROIL. Mirad. (Saca un papel.)  
Para que no se os olvide,  
en este papel está.
- VIC. Bien.
- FROIL. El nombre, el apellido,  
la casa... ¿Falta algo más?
- VIC. Si se quiere formar causa  
es preciso original.
- FROIL. ¿Cuerpo del delito?
- VIC. Pues:  
es el nombre que le dan.
- FROIL. Eso ya lo tengo andado.  
De su puerta en el umbral  
lo hallarán haciendo un hoyo.
- VIC. Bien pensado.
- FROIL. Y además,  
otros signos y figuras  
en palacio encontrarán  
debajo de la escalera,  
cerca del Santo Tomás.
- VIC. Con eso basta, y con menos  
se quemara al Preste-Juan.
- FROIL. ¿Cuento con vos?
- VIC. De seguro.
- FROIL. Mi oferta no hay que olvidar.  
La canongía ó la hoguera.
- VIC. No, no se me olvidará.

## ESCENA X

DICHOS, PORTOCARRERO y HARCOURT.—Salen presurosos Portocarrero y Harcourt

- PORT. Padre confesor, ¿y el Rey?  
FROIL. ¿No le habeis visto en la iglesia?  
PORT. No; de palacio venimos.  
Traemos felices nuevas.  
FROIL. ¿Cuáles?  
PORT. De Roma ha llegado  
ahora el Duque de Uceda  
con la respuesta del Papa.  
Ved aquí su carta: en ella  
Su Santidad los derechos  
del Rey de Francia á la herencia  
de estos reinos reconoce;  
ya de hoy más las dudas cesan  
ante este divino fallo  
que irresistible los sella  
con su aprobacion... Venid:  
escrupulosa conciencia  
del vacilante monarca  
esta autoridad suprema  
fijará, y á los Borbones  
por fin la victoria queda.  
FROIL. Esperad... El Rey ahora  
no puede daros audiencia.  
PORT. ¿Por qué?  
FROIL. Porque está ocupado  
en ceremonias tremendas.  
PORT. ¿Qué ceremonias?  
FROIL. Conjuros  
que los demonios expelan  
de su cuerpo.  
HARC. ¿Qué decís?  
FROIL. El capuchino fray Tenda,  
entre lúgubre aparato,  
de su misteriosa ciencia,

para librar de los malos  
al débil monarca, emplea  
todos los recursos.

HARC. ¡Cielos!

¡Y que en España se crean  
tales absurdos!

PORT. Harcourt,  
ciertas ó no, las creencias  
de un pueblo han de respetarse.

FROIL. Y á nuestra causa interesan  
estos medios que de Cárlos  
la imaginacion afectan.  
Por ellos...

(Se oye dentro rumor, y la voz del Rey que grita: «¡De-  
jadme!» Por el claustro pasan varios frailes huyendo.  
Habrá empezado á anochecer.)

Pero, ¿qué es esto?  
¿Qué sucederá en la iglesia?  
¿Qué voces!... Los religiosos  
como espantados se alejan...  
Aquí se acerca el Prior...  
¿Qué agitacion, Padre, es esa?

## ESCENA XI

DICHOS y EL PRIOR

PRIOR. No bien empezó el conjuro,  
cuando el hechizado, sea  
que los demonios en él  
batallasen con más fuerza,  
sea que el triste aparato  
su imaginacion hiriera  
con insólito terror,  
una tenaz resistencia  
á la ceremonia opone;  
nos repele, forcejea,  
y corriendo á todos lados...  
Pero vedle... aquí se acerca.

## ESCENA XII

DICHOS, EL REY y RELIGIOSOS.—Sale el Rey despavorido y huyendo. Le siguen los frailes con hachas encendidas. Durante esta escena acabará de oscurecer, y un sacristan coloca dos candeleros encima de la mesa, encendiendo sus bujías.

REY. No me persigais... dejadme...

HARC. ¡Oh supersticion!

PORT. ¡Cuál llega!

REY. Dejadme, malos espíritus.

PORT. Señor...

(Portocarrero, Harcourt y el Prior se acercan al Rey para sostenerle.)

REY. ¿Quién es?... ¿Quién se acerca?...

¿Eres tú, fraile maldito?...

Aparta... aparta.

PORT. ¡Oh funesta  
ceremonia!

REY. Tantas luces...  
tantas llamas... Que me queman...  
que me abrasan... Socorredme.

PORT. ¡Ah!... Venid...

(Agarran al Rey y le llevan hacia el sillón, en el que le obligan á sentarse.)

REY. ¿Dónde me llevan?

Perdon, mi Dios... si pequé;  
mitigad vuestra sentencia.

HARC. ¡Ah! Le acometió un desmayo.

PORT. No... no... Postrado se queda...  
mas no perdió los sentidos.

PRIOR. Darle auxilios será fuerza.

PORT. Sólo há menester descanso...

Dejadlo... Ya se sosiega...

Marchaos, Padre, por Dios;  
tanta gente le molesta.

Nosotros aquí quedamos,  
y hasta que marcharse pueda  
de él cuidaremos.



PRIOR.                      Muy bien...

Mas para cuando se ofrezca,  
avisad.

**PORT.**                      Sí... Suba al coro  
la comunidad entera,  
y allí, en ferviente oracion,  
que su salud restablezca  
pedid á Dios.

PRIOR.                      Luego vamos,  
y en santos himnos que muevan,  
nuestras preces subirán  
á las celestes esferas.  
(Vânse el Prior y los frailes.)

ESCENA XIII

EL REY, FROILÁN, PORTOCARRERO y HARCOURT.—El teatro habrá quedado á oscuras, sin más luces que las dos bujías de la mesa. El Rey, sentado en el sillón, permanece abatido. Froilán, Portocarrero y Harcourt se quedan detrás, á alguna distancia.

HARC. Ya recobrase parece.

PORT. Acaso nuestra presencia de nuevo le alteraria.

Venid acá, no nos vea. (Se retiran al foro.)

REY.           ¿Qué es esto?... ¿Dónde me encuentro?

¿Es delirio?... ¿Es ilusion?...

¡Cuán opreso el corazon  
de angustia gime aquí dentro!...

Entreabrírse hasta su centro,  
ver la tierra imaginé...

Con trémula planta hollé

las infernales cavernas,

y allí las penas eternas

extremecido miré.

Vana ilusion fué sin duda... (Se levanta.)

Sí... vivo aun... sí... yo existo...

su miedo el alma sacuda.

Mas jay! si pena tan cruda

nos hace ya padecer  
un soñado infierno ver...  
aun en medio del sufrir,  
¡oh cuán dulce es el vivir  
y cuán temible el no ser!  
¡Qué rumor!... No... me he engañado...  
Solo estoy... nadie me mira...  
¡Nadie!... ¿Qué digo?... Es mentira...  
de gente estoy circundado.

(Mirando los retratos de los reyes.)

¿Quiénes son?... ¡Dios!... ¿Qué he mirado?...  
Mis antecesores... ¡Ah!...

Cuando un rey se encuentra ya,  
cual yo, abatido en presencia  
de su preclara ascendencia,  
¡cuán avergonzado está!

(Dirigiéndose al retrato de Carlos V.)

Tú, á quien el mundo temió,  
Carlos, ¿por qué así me miras?  
¡Ah!... Perdónenme tus iras  
si tu nombre infamo yo.

La suerte que te halagó  
me trató con torvo ceño,  
y con obstinado empeño  
nos hizo á los dos nacer,  
á tí para grande ser,  
y á mí para ser pequeño.

¿Qué veo?... Todos airados  
reconvenirme parecen...

Oigamos... sus voces crecen...

«¿A quién darás tus Estados?»

¡Oh ilustres antepasados,  
no dudeis tanto de mí!

Al francés, que aborrecí,  
¿pensais que el trono daré?

No; jamás, jamás lo haré...  
postrado os lo juro aquí.

(Cae arrodillado y permanece así algún tiempo, con la  
cara oculta entre las manos.)

HARC. ¡Qué oigo!  
PORT. ¡Fatal juramento!  
HARC. Nuestras esperanzas cesan.  
FROIL. Dadme la carta del Papa.  
PORT. ¿Para qué?  
FROIL. Tengo una idea...  
HARC. Ya comprendo... dadla... sí.  
FROIL. No perdais tiempo.  
PORT. Tenedla.

(Portocarrero da la carta á Froilán, y este va con sigilo á colocarla sobre la mesa, entre las dos luces, cerca del sillón. El Rey, despues de haber permanecido arrodillado algun tiempo, se levanta manifestando debilidad y abatimiento.)

REY. Salgamos de este retiro...  
esta soledad da miedo...  
Mas tenerme apenas puedo...  
con dificultad respiro...

(Va con paso lento y se sienta, apoyando la cabeza en la mano. Hallándose en esta postura, dirige la vista á la mesa y ve la carta.)

Mi frente pesa.—¿Qué miro?  
¿No es este el sello y la mano  
del Pontífice Romano?...  
Dios mio, ¿qué pliego es este?  
¿Lo trajo algun ser celeste?  
¡Oh! ¡Qué misterioso arcano!

(Lee la carta, dando visibles muestras de alteracion. Repite despues algunas frases de ella.)

¿Qué he leído?... «Declarad  
»al de Anjou por heredero...  
»no ofendais á Dios... primero  
»que el de Austria es la eternidad.»  
Santo Padre, perdonad...  
¿No es ofenderle si cedo  
y á los míos desheredo?...  
Si alguna señal, ¡oh Dios!  
no dais de quererlo vos,  
obedecerle no puedo.

(En este instante se oyen á lo lejos, y como partiendo de arriba, el sonido del órgano y el canto de los religiosos, que entonan en el coro el mismo himno que se cantó al principio de este acto. El Rey, sorprendido, permanece en éxtasis, y como en presencia de una vision celeste.)  
¡Qué celeste melodía!...

Mientras me encuentro indeciso,  
este es sin duda un aviso  
que el mismo cielo me envía.  
Se abre entre dulce armonía  
de Dios la alta residencia...  
Su trono está en mi presencia...  
y allí, propicio á mi ruego,  
con caracteres de fuego  
tiene escrita la sentencia.  
Pues bien, Señor, la obedezco;  
la obedezco resignado,  
y á vuestro nombre sagrado  
este sacrificio ofrezco.  
Inmolo á quien aborrezco  
las prendas del corazon...  
mas sólo mi salvacion,  
sólo mi deber escucho,  
que aunque mi amor puede mucho,  
puede más la religion.

(Cae arrodillado. Portocarrero, Harcourt y Froilán acuden á levantarle.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



---

## ACTO TERCERO



El teatro representa una sala de la casa del Conde de Oropesa. En el foro una puerta de dos hojas, que es la de la capilla ú oratorio; á los lados otras dos puertas; la que está á la derecha del actor conduce fuera de la casa; la de la izquierda, al comedor; otra puerta habrá tambien á la izquierda, para ir al interior de la casa.

### ESCENA PRIMERA

FROILÁN y CRIADOS.—Varios criados entran en el comedor, y otros salen; en este se oyen voces de convidados que están á la mesa.

Sale Froilán con aire misterioso, observando á todas partes.

OROP. Brindo por los novios. (Dentro.)

VOCES. ¡Viva!

FLOR. }  
INÉS. } Gracias, señores.

FROIL. ¡Qué bulla!

CRIADO. Padre, ¿á quién buskais?

FROIL. A nadie.

CRIADO. ¡Como os entraís sin ninguna  
ceremonia!

FROIL. Abierta hallé  
la puerta.

CRIADO. Sereis sin duda  
algun convidado.

FROIL. No.

CRIADO. Errado habreis, por ventura,  
la casa.

FROIL. ¿No es la del Conde  
de Oropesa?

CRIADO. Sí... ¿Qué busca

- su paternidad en ella?  
FROIL. ¿Hoy tiene boda?  
CRIADO. No suya.  
FROIL. Ya sé que sólo es padrino.  
CRIADO. Tampoco lo es, que ocupa  
ese lugar por el Rey.  
FROIL. Lo sé.  
CRIADO. ¿Pues por qué pregunta?  
FROIL. ¿Celebróse el desposorio?  
CRIADO. No, señor... Mucho madruga  
su paternidad... Más tarde,  
que aun el banquete dura.  
FROIL. ¿Habrá oratorio en la casa?  
CRIADO. Vedle allí. (Señalando la puerta del foro.)  
FROIL. ¿Tiene sólo una  
entrada?  
CRIADO. Otra tiene, sí,  
aunque es la escalera oscura.  
FROIL. Bien... ¿Decís que están comiendo?  
CRIADO. Puede que pronto concluyan.  
En esa sala... mirad...  
venid... quizá se descubra  
desde aquí á la novia... sí...  
vedla allí... ¡Qué criatura  
tan linda!... Parece un ángel.  
FROIL. ¡Cielos!... Callad... Me importuna  
vuestra charla.  
CRIADO. ¡Vaya un hombre!  
Tiene un gesto... No me gusta. (Váse.)

## ESCENA II

FROILÁN

- FROIL. Allí está... ¡Cuán bella! ¡Oh cielos!  
¡Infeliz!... Apura, apura  
el triste placer de verla,  
pues que tu escasa fortuna  
aun te niega tal placer,

comprado con tanta angustia.

INÉS. ¡Ay! (Dentro dando un grito.)

FLOR. ¡Inés! (Dentro.)

OROP. ¿Qué es eso? (Dentro.)

FROIL. ¡Cielos!

Me ha visto.

OROP. Todos acudan. (Dentro.)

FROIL. ¡Se ha desmayado!... ¡A tal punto  
mi odiado aspecto la asusta!

S. EST. Más vale sacarla fuera. (Dentro.)

FROIL. Van á salir... no es cordura  
quedarme... Huyamos. (Váse.)

### ESCENA III

OROPESA, FLORENCIO, INÉS, MONTALTO, SAN ESTÉBAN, GRANDES,  
SEÑORAS, CONVIDADOS y CRIADOS

S. EST. Venid; (Saliendo el primero.)  
esta atmósfera es más pura.

OROP. Traed un sillón vosotros.  
(A los criados que salen con él.)  
¡Pobrecita!

S. EST. ¡Qué importuna  
congoja!

OROP. ¡Tan imprevista!

S. EST. ¡Fué como si viera alguna  
fantasma!

CRIADO. Ya ha vuelto en sí. (Saliendo.)

OROP. Con todo, que la conduzcan  
á esa sala... Abrid un poco  
los balcones.

S. EST. ¡Qué diablura!  
Cuando con tanto placer...

(Sale Inés sostenida por Florencio. Los acompañan varios  
caballeros y señoras. Los criados habrán acercado un  
sillón, en el que se hace sentar á Inés.)

FLOR. Ven, Inés.

INÉS. ¡Ay!





S. EST.               ¿Qué será?  
MONT.                       No acierto...  
FLOR.       El pregon será sin duda.  
S. EST.       Sí... no me acordaba que hoy  
              el auto de fe se anuncia.

## ESCENA V

DICHOS y OROPESA

OROP.       Venid, señores, venid,  
              y á mirar desde el balcon  
              este solemne pregon  
              presurosos acudid.  
              Abre la marcha lucida  
              Manuel Ignacio Novalles,  
              ostentando por las calles  
              su vara negra y temida.  
              Con la suya caminar  
              se ve á Ondátegui á par de él,  
              que si es alguacil aquel,  
              este es primer familiar.  
              Sigue luego un escuadron  
              que casi á doscientos llega,  
              y allí sus galas despliega  
              tan vistosa procesion.  
              Familiares y notarios  
              con buen órden la componen;  
              á un tiempo agradan é imponen  
              todos con sus trajes varios.  
              Airosamente tocados,  
              sus leves plumas se agitan,  
              y ameno pensil imitan  
              tantos colores mezclados.  
              Son en sus trajes brillantes  
              lo más vil la seda y oro,  
              que cada cual un tesoro  
              lleva en soberbios diamantes.  
              Desairan la luz del dia

con sus vivos resplandores;  
ni hay entre tantos primores  
á quien dar la primacía.  
Los ardientes alazanes  
vereis airosos trotar,  
orgullosos de llevar  
unos dueños tan galanes;  
y ellos tambien á su vez,  
las gualdrapas arrastrando,  
hacen sonar, relinchando,  
la plata de su jaez.  
El primoroso estandarte  
se alza por fin de la fe,  
donde si el oro se ve,  
aun mucho más luce el arte.  
Sus borlas llevan ufanos  
Luis Ramon y Juan Romero,  
porque este honor lisonjero  
les toca por ser decanos.  
Los acentos del clarin  
el ronco timbal apoya,  
y Lucas Lopez de Moya  
publica el pregon al fin.  
Cada cual desde el balcon  
escucha con santo celo,  
y con el blanco pañuelo  
saluda á la Inquisicion.

S. EST. ¿Quién gustoso no ha de ver  
esa pompa?

OROP. ¿Cómo estais? (Acercándose á Inés.)

INÉS. Mejor.

OROP. ¿Nos acompañais?

INÉS. Perdonad... no puede ser...  
que aun algo débil me siento.

OROP. Pues bien, quedaos... Tomad  
este pomo y respirad  
su esencia... Sólo un momento  
nos separamos de vos.

INÉS. Mil gracias.

OROP. Venid, señores.  
S. EST. Veamos esos primores.  
FLOR. Id, pues, señores, con Dios.  
(Vánse los caballeros y señoras.)

## ESCENA VI

INÉS y FLORENCIO

INÉS. ¿Qué, no vas?  
FLOR. No, vida mia.  
INÉS. ¿Y por qué?  
FLOR. ¿Te he de dejar?  
INÉS. No, no te quieras privar  
de esa diversion... Yo iria  
si fuera que tú.  
FLOR. Yo no,  
que antes que todo es mi Inés.  
INÉS. Si ya estoy buena... Vé, pues.  
FLOR. Escucha, que ya empezó.  
(Se oyen los timbales y clarines como tocando al lado de  
la casa. Parán, y una voz fuerte publica el pregon si-  
guiente:)  
PREGON. Sepan todos los vecinos de esta villa de Ma-  
drid que el Santo Oficio de la Inquisicion ce-  
lebra auto público de fe, y que se les conce-  
den las gracias é indulgencias por los Sumos  
Pontífices dadas á todos los que acompañaren  
y ayudaren á dicho auto. (Vuelven á tocar los tim-  
bales y clarines, y se van alejando.)  
INÉS. Yo no sé qué horror secreto  
en mí suscita esa voz.  
¡Ay de mí! que al escucharla  
el pecho se estremeció.  
FLOR. ¿Qué es lo que dices, Inés?  
¿Tú temer la Inquisicion?  
¿Ese pregon te da miedo?  
¡A tí, más pura que el sol!  
INÉS. ¿No es verdad que no la debo

temer, no?

FLOR. ¿Quién tal pensó?

INÉS. Con todo... si sucediera...  
si ese hombre odioso... ¡qué horror!

FLOR. Inés... alienta... Tu sitio  
sus calabozos no son;  
tu puesto se halla en el cielo,  
junto al trono del Señor.

INÉS. ¡Dios mio!... ¡Dios mio!

FLOR. ¿Lloras?

INÉS. Estas lágrimas no son  
por mí, no... ¿Cuál fuera entonces,  
Florencio, tu pena atroz?

FLOR. ¿Qué escucho? Sólo te acuerdas  
de mis penas... ¿y tú?

INÉS. ¿Yo?

No me espantan los suplicios,  
me espanta el perderte.

FLOR. No,

no me perderás, lo juro,  
lo juro... ¿Quién, vive Dios,  
arrebatarle osaria  
de mis brazos, á mi amor?  
¿Tan fácil es á un amante  
arrancarle el corazon?  
Si hay alguno que lo intente,  
espada tengo y valor.

INÉS. ¡Florencio!

(Deja caer su cabeza sobre el pecho de Florencio.)

FLOR. Inés... ven... reposa  
aquí tu frente.

INÉS. A tu voz  
tranquilizada, ya siento  
disipado mi terror.

FLOR. Piensa sólo en ser dichosa.

INÉS. Amame siempre, y lo soy.

FLOR. ¡Amarte!... Aun despues de muerto,  
que allí tambien hay amor.

(Señalando al cielo, y luego al foro.)



¿Ves aquella puerta?... Allí  
está el altar... Ante Dios  
dentro de breves instantes  
ser tuyo juraré yo.  
Juramentos, bien lo sé,  
no ha menester mi pasión;  
mas es tan pura esta llama  
que nos abrasa á los dos,  
tan bella, que bien merece  
la contemple el Hacedor.

## ESCENA VII

DICHOS, OROPESA, GRANDES y SEÑORAS

OROP. Inés, Florencio, alegraos.  
Hoy vuestros amores gozan  
de una dicha sin igual  
que pocos vasallos logran.  
El monarca, en cuyo nombre  
soy padrino en estas bodas,  
sus favores aumentando,  
con su presencia las honra.

FLOR. ¿Qué dices?

OROP. Un gentil-hombre  
el aviso acaba ahora  
de traerme. La carrera  
don Carlos en su carroza  
ha salido á recorrer,  
y con su augusta persona  
llena de esperanza al pueblo,  
que al mirarle se alboróza.  
Al pasar por esta casa,  
cuyas cadenas pregonan  
no ser la primera vez  
que de tanto honor blasona,  
intenta subir, y él mismo, ¡  
á este acto dando más pompa,  
conduciros al altar

en la santa ceremonia.

INÉS. ¡Qué bondad! (Se oyen dentro vivas.)

OROP. Estos clamores  
que el aire pueblan y asordan,  
anuncian ya su llegada.  
Salgo á recibirle. (Váse con los grandes.)

### ESCENA VIII

INÉS, FLORENCIO y SEÑORAS

FLOR. Ahoga,  
Inés mia, tus pesares.  
De un hombre vil, ¿qué te importa  
el impotente furor?  
Mientras el Rey nos acoja  
bajo su amparo, ¿qué puede  
quien sólo existe á su sombra?

INÉS. Dices bien; en nuestra dicha  
pensemos no más... Pues colma  
el cielo nuestros deseos,  
apuremos esta copa  
de placer que nos presenta  
con sonrisa cariñosa.  
Gocemos mientras duraren  
de felicidad las horas;  
que si pasan, y algun día  
ser desgraciados nos toca,  
cual bálsamo de consuelo,  
nos quedará su memoria.

### ESCENA IX

DICHOS, EL REY, OROPESA y GRANDES.—Sale el Rey acompañado  
de Oropesa y los grandes; Inés y Florencio doblan la rodilla y le be-  
san la mano.

FLOR. ¡Señor!

REY. ¡Hijos míos!

INÉS. ¡Tanta  
bondad!

REY. ¡Y bien! ¿Qué os asombra?

cumplo lo que os prometí;  
vengo á presenciar las bodas.  
Por fortuna, hace ya dias  
que mi salud se recobra,  
y puedo sin riesgo alguno  
ir á respirar en otra  
atmósfera que en el regio  
alcázar que me aprisiona.  
El doctor Parra además,  
desde la escena espantosa  
del conjuro, me aconseja,  
para ahuyentar melancólicas  
ideas, que los parajes  
más agradables recorra,  
y presencie escenas tiernas,  
do la virtud venturosa  
sólo sensaciones gratas,  
sólo ternura provoca.

FLOR. A vos lo debemos todo.  
Para quien dichosos forma,  
¿qué espectáculo más dulce  
que el mirar sus propias obras?

REY. Vos, Conde, no imagineis  
que intento en la ceremonia  
arrebataros un puesto  
que gustoso...

OROP. Si era honra  
para mí representar  
vuestra sagrada persona,  
el pisar vos esta casa  
aun más honor me reporta.

REY. Guiad los novios al ara;  
este deber siempre os toca,  
que á ser mero espectador  
yo sólo he venido ahora.

OROP. A estar para esta visita  
prevenido, con la pompa  
os recibiera, señor,

digna de...

REY.

Así me acomoda.

Recorriendo la carrera  
tuve esta idea... ¡Famosa  
ha estado la cabalgata!  
Mas no sé qué negras sombras  
á oscurecer empezaron  
mi vista... Sí... la memoria  
del auto anterior (aunque hace  
tantos años) no se borra  
de mi mente... y pienso ver...

OROP.

Fué aquella funcion grandiosa,  
y si esta se le parece...

REY.

Cuando mis primeras bodas  
fué... bien me acuerdo... La hoguera  
sirvió de nupcial antorcha, (Distraído.)  
triste luciendo... A mi lado  
se hallaba mi tierna esposa...  
mi Luisa... y me suplicaba...  
Mas no hubo perdon... Asombra  
el número de las víctimas...  
Las llamas devoradoras  
á cincuenta consumieron.  
¡Herejes!... ¿Quién los perdona?  
Bien hecho fué... ¿no es verdad?

OROP.

Sí... fué justicia notoria.

REY.

¡Ah! ¡ah! ¡Qué gestos hacian!

(Con risa sardónica, delirando.)

¡Qué gritos daban!... Sus bocas,  
cubiertas de espumarajos,  
proferian horrorosas  
imprecaciones... ¡Impíos!...

¡Al brasero! ¡A la picota!

INÉS.

Señor, olvidad tan tristes...

REY.

(Asiéndola por el brazo.)

Treinta fueron en persona  
quemados... veinte en efígie,  
con sus huesos... que aunque esconda  
la tierra al culpable, nunca



sus derechos abandona  
la Inquisicion... A la muerte  
su presa disputa ansiosa,  
y hasta del féretro mismo,  
si la halla en él, la recobra.

INÉS.

¡Qué horror!

REY.

Pues mira... por eso  
mis reinos todos me nombran  
el vengador de la fe...  
Mas, ¿qué digo?... Ahora.. ahora....  
ya no lo soy... soy un réprobo...  
Huid... huid. (Delirando enteramente.)

OROP.

Le abandona  
la razon.

REY.

Tambien á mí  
la Inquisicion sus antorchas  
me prepara... No... apartad...  
La frente que una corona  
ciñe, no puede... Salgamos,  
que sus verdugos me acosan.

OROP.

Su acostumbrado delirio  
le acomete.

(El Rey, discurrendo incierto por el teatro, vacila. Oropesa, Florencio, Inés y los grandes le sostienen y le hacen sentar.)

¡Oh, qué penosa  
situacion! ¡Cielos! ¿Qué haremos?

FLOR.

Al oir la voz sonora  
de Inés, de tan triste estado  
alguna vez se recobra.

INÉS.

¡Ah!... Sí... sí... traed un arpa,  
que ya á cantar estoy pronta.  
Mas, ¿qué cantaré?

FLOR.

El romance  
hecho para nuestras bodas.

(Traen un arpa. Inés la toca y canta. Al oir el preludio, el Rey, que estaba abatido, se recobra y se pone á escuchar embebecido, como si saliera de un profundo sueño.)

INÉS.

(Canta.) Barquilla que sin recelo

en el mar de amor navegas,  
boga, boga, que ya llegas  
el ansiado puerto á ver.

Luce el sol de tu ventura,  
la mar sonríe en bonanza,  
y el viento de la esperanza  
te lleva al dulce placer.

REY. ¡Inés!... ¿Eres tú?... No ceses;  
mi alma al oírte recobra  
su quietud, y en mil placeres  
enajenada se goza.

INES. (Canta.) ¡Ay! no tardes; la inconstancia  
teme de mar proceloso,  
que en la tarde está furioso  
cuando en calma amaneció.

Más de un barco sin ventura  
probó su furor impío;  
y en el áspero bajío  
ante el puerto se estrelló.

(El Rey se levanta enajenado y se encamina hacia Inés.)

REY. ¡Oh Inés! De tu dulce voz  
esa magia poderosa  
es la que sólo consigue  
mis penas y mis zozobras  
mitigar, y algun consuelo  
vierte en mi vida angustiosa.  
El ángel eres, sin duda,  
que el cielo me proporciona  
en medio de tantos males  
para sanarlos... Pues sola  
puedes la salud volverme,  
quédate á mi lado, pronta  
siempre á calmar mis delirios  
con canciones seductoras.

INES. Si tal consigo, señor,  
yo me tendré por dichosa.

REY. Tiempo es ya que de himeneo  
te dé la dulce corona,  
premio de amor y virtud

que esperando estás ansiosa.  
Si todo está preparado,  
puede ya la ceremonia  
principiar.

FLOR.                                Antes, señor,  
esa mano bienhechora  
permitid que con respeto  
puedan besar nuestras bocas.

REY.                                Hijos, sí.  
(Se arrodillan y besan la mano al Rey.)  
                                      Marchad, y el cielo  
bendiga union tan preciosa.

## ESCENA X

DICHOS, FROILÁN, UN COMISARIO DE LA INQUISICION, FAMILIA-  
RES, ALGUACILES y luego GUARDIAS

FLOR.                                Mis votos están cumplidos.

OROP.                                La mano, amigos, me dad.  
Vamos. Abrid.

(Oropesa toma por la mano á Inés y Florencio, y se enca-  
minan con ellos y los demás asistentes hácia el oratorio.  
A la voz «Abrid» se abre la puerta de la capilla y apa-  
rece en ella Froilán, acompañado de familiares y esbirros  
de la Inquisicion. Todos retroceden al verle, y él se  
avanza en medio, con aire lúgubre y funesto.)

FROIL.                                Esperad.

OROP.                                ¡Qué veo!

INÉS.                                Somos perdidos.

(Yendo á guarecerse en los brazos de Florencio.)

FLOR.                                ¡Froilán Díaz!... ¡Maldicion!

REY.                                ¿Qué es eso, Padre Froilán?  
¿Qué intentais?... ¿Quiénes están  
ahí con vos?

FROIL.                                La Inquisicion.

TODOS.                                ¡La Inquisicion!

OROP.                                Y en mi casa  
el Santo Oficio, ¿qué quiere?

- FROIL. Si su majestad nos diere  
su vénia...
- FLOR. ¡El furor me abrasa! (Aparte.)
- REY. Cumplid con vuestro deber  
si el Tribunal os envía;  
¿Quién contrastar osaria  
en mis reinos su poder?
- FROIL. Comisario, ¿habeis oido?
- COM. ¿Inés Gomez?  
(Sacando un legajo de papeles y leyendo.)
- REY. ¡Cómo!
- FLOR. ¡Inés!
- COM. ¿Se halla aquí?
- OROP. Sí... esta es.
- COM. ¿Vuestra edad?
- INÉS. Aun no he cumplido  
diez y ocho años.
- COM. ¿Vivís  
en la calle de Torija?
- INÉS. Sí, señor.
- COM. ¿Esta sortija  
es vuestra?
- INÉS. ¡Oh Dios!
- COM. ¿Qué decís?
- INÉS. Mia fué... tiempo hace ya  
que en Alcalá la he perdido.
- COM. ¿Habeis allí residido?
- INÉS. Hasta un año escaso habré.
- COM. Pues vos sois la que buscamos.  
De órden de la Inquisicion,  
señora, daos á prision.
- INÉS. ¿Yo?
- REY. }  
OROP. } ¡Cielos!
- FLOR. ¡Inés!
- FROIL. Sí.
- COM. Vamos.
- REY. ¡Inés! ¿Y por qué delito?
- FROIL. Por hechicera.



- TODOS.                               ¿Hechicera?  
(Se apartan de Inés horrorizados.)
- FLOR.               Esa es calumnia grosera.
- COM.               En el proceso está escrito.
- REY.               Padre Froilán, ¿es verdad?
- FROIL.            Extremeceos, señor;  
objeto de su furor  
es...
- REY.               ¿Quién?
- FROIL.                               ¿Vuestra majestad!
- OROP.            ¿El Rey!
- REY.                               ¿Yo!
- FLOR.                               ¿Mentís!
- INÉS.                               ¿Aleve!
- FROIL.            Lo declara el Santo Oficio;  
vuestro horrible maleficio  
á sus hechizos se debe.
- REY.               ¿Qué horror!
- INÉS.                               ¿Lo creereis? (Al Rey.)
- REY.                               Aparta.
- FLOR.            Mentís, os vuelvo á decir. (A Froilán.)
- INÉS.               ¿Florencio!
- FLOR.                               ¿Y he de sufrir  
que así se atreva á acusarte?  
No, no será, ¡vive Dios!  
La verdad descubriré,  
y aquí mismo arrancaré  
el disfraz que os cubre á vos. (A Froilán.)
- FROIL.            ¿A mí?
- FLOR.                               A vos, mal religioso.  
Sabed que á Inés ha querido (Al Rey.)  
seducir... no lo ha podido,  
y así se venga alevoso.
- OROP.            ¿Qué dice?
- REY.                               ¡Infame!
- FROIL.                               Dejadle,  
señor. ¿No veis que delira?  
Su ciega pasion le inspira;  
no es extraño... perdonadle.

FLOR.            ¡Hipócrita vil!

REY.                                ¿A un santo  
te atreves á calumniar?

INÉS.            Señor...

REY.                                Quita tú... Mirar  
no te puedo sin espanto.  
¿Así mis bondades pagas,  
sierpe astuta, que á traicion  
me muerdes el corazon  
cuando pérfida me halagas!  
¡Qué extraño que mis delirios  
con tus cantos disipases,  
si antes con mágicas frases  
tú labraste mis martirios!  
¡Suerte, cuál es tu rigor,  
pues cuanto en la tierra amé,  
otro tanto al fin hallé  
ingrato, falso y traidor!  
Prueba, pues, mi justo encono,  
mujer digna de castigo;  
aparta, yo te maldigo  
y á tus jueces te abandono.

INÉS.            Por Dios, señor, desechad  
acusacion tan horrible;  
¿no advertís que es imposible  
en mí tal perversidad?

A mis años no se aprenden  
esas artes infernales;  
sólo de amor y sus males  
tan tiernos años entienden.  
Amar mi existencia ha sido;  
amé cuanto conocí,  
á todos amé... mentí,  
uno es de mí aborrecido.  
Uno, y si le conocieran,  
todo el universo, vos,  
y hasta de bondad el Dios,  
como yo le aborrecieran.  
Mas el hipócrita odioso

con falsa virtud engaña,  
y con implacable saña  
de mí se venga alevoso.

Vedme á vuestros piés, señor...

¡Piedad!... ¿Mas os alejais?

¿De mí la vista apartais?

¡Oh injusto y cruel rigor!

(A los grandes, que tambien se apartan y vuelven la cabeza.) Y vosotros, caballeros,

os lo pide una mujer,

¡ah! venidme á defender

de mis enemigos fieros.

Venid... ¿Qué miro?... ¿Tambien  
huís de mí horrorizados?

¿Qué es esto?... ¡Cruelles hados!

¿A quién dirigirme, á quién?

¿A dónde encontraré yo

un sér que por mí interceda,

uno que salvarme pueda?

¿A dónde, á dónde?

(Corriendo incierta por el teatro, se encuentra con Froilán, que se acerca á ella como ofreciéndose, y dando á entender con su accion que él puede salvarla; ella retrocede horrorizada, y con desprecio dice:)

¿Vos?... No.

FROIL. Ministros del Tribunal, (Con furor.)

¿por qué tardais en llevarla?

(Los esbirros se acercan para prenderla. Florencio furioso saca la espada y se coloca delante de Inés, amenazando á los alguaciles, que se detienen.)

FLOR. Si alguien se atreve á tocarla

llegó su instante fatal.

INÉS. ¿Qué haces?

(Se abalanza al brazo de Florencio y le contiene con fuerza.)

REY. ¡Osado!

OROP. ¡Imprudente!

(Se abalanza tambien para detener á Florencio.)

COM. ¡Favor á la Inquisicion!

REY. ¡Hola, guardias!

FLOR. ¡Maldicion!

¿Tú enfrenas mi rabia? (A Inés.)

INÉS. Tente.

OROP. Mira que vas á labrar  
tu perdicion.

REY. ¡Qué insolencia,  
atreverse en mi presencia  
el acero á desnudar!  
Prendedle.

(Los guardias que habrán llegado y los esbirros se abalanzan á Florencio, que detenido por Ines y Oropesa, no puede defenderse. Sin embargo, forcejea y se resiste entre todos.)

INÉS. ¡Cielos!

FLOR. ¡Malvados!

¡Todos juntos! Uno á uno  
venid... no temo á ninguno...  
quedareis escarmentados.

¿Y no la osais defender, (A los grandes.)  
caballeros?... Dije mal:

¡caballeros!... no lo es tal  
quien no ampara á una mujer.  
Andad... ¡Y en vosotros arde  
de mil héroes el valor!

Mentira, pues al temor  
doblais la frente cobarde.

La Inquisicion, me direis;  
la Inquisicion os da susto...

¡Y ante un tribunal injusto  
siempre siervos temblareis!

Esos nobles infanzones  
que conquistaron el mundo,  
á los piés de un fraile inmundo  
ahora humillan sus blasones.

¡Oh mengua! ¡Oh torpe baldon!  
¿Cómo España ha de ser grande,  
si consiente que la mande  
quien la imprime tal borron?



Maldito mil veces sea  
ese Tribunal odioso,  
que siempre de sangre ansioso,  
sólo suplicios desea;  
que pretendiendo vengar  
del cielo la causa santa,  
la ofende, y al orbe espanta  
á fuerza de asesinar.

¡Y ministro entre furores  
de la religion se dice!  
La religion le maldice  
y detesta sus horrores.

INÉS. ¡Ah!... Calla, por Dios.

REY. ¡Blasfemo!

¡Y te he podido escuchar!  
¡Y osaste ante mí llevar  
tu furor á tanto extremo!  
¡Ah!... Salgamos de aquí luego,  
pues cuanto esta casa encierra,  
temo lo trague la tierra  
ó abraze el celeste fuego.  
Padre Froilán, pues de Dios  
teneis la espada en la mano,  
no haya perdon á su insano  
delito, y mueran los dos. (Váse horrorizado.)

FROIL. A las mazmorras llevadlos.

INÉS. ¿Qué has hecho? (A Florencio.)

FLOR. Si has de morir,  
tu suerte quiero sufrir.

INÉS. ¡Florencio!

FLOR. ¡Inés! (Se abrazan.)

FROIL. Separadlos.

(Los esbirros los apartan á la fuerza y se los llevan.)

FIN DEL ACTO TERCERO

---

# ACTO CUARTO

---

El teatro representa un calabozo de la Inquisicion

## ESCENA PRIMERA

INÉS y CARCELERO

CARC.        Vuestros ruegos me importunan;  
              callad, señora, callad.

INÉS.        En vano con torvo ceño  
              mostrais severa la faz;  
              lo conozco, mi desgracia  
              os duele, á vuestro pesar,  
              y lágrimas de ternura  
              os miro vertiendo ya.

CARC.        ¿Yo, señora?... ¿Yo?... Mentira.  
              ¡Voto á Dios!... ¿Imagináis  
              que para ser compasivo  
              me tiene aquí el Tribunal?  
              No es ese mi oficio, no;  
              mi oficio es sólo escuchar  
              los lamentos, y dormirme  
              de su sonido al compás;  
              es ver males, y reir;  
              ver suplicios, y gozar.  
              Yo tengo este corazon  
              aun más duro que el metal  
              con que forjados los grillos  
              de estas mazmorras están.  
              Ni una lágrima en mi vida  
              se me ha visto derramar.

INÉS. ¿Pues qué es esto? (Pasándole la mano por los ojos.)

CARC. Esto es tan sólo...

brujería... ¡voto á tal!

Brujería... sí, señora;  
por hechicera aquí estais,  
y es el hechizo mayor  
el hacerme á mí llorar.

INÉS. Mi juventud, mi inocencia  
son mis hechizos no más;  
miradme bien, y decidme  
si puedo ser criminal.

CARC. Yo en eso nunca me meto,  
que esas son cuentas allá  
del Tribunal... Todos dicen  
siempre lo mismo... Es verdad  
que como vos, lo confieso,  
jamás he visto, jamás...

INÉS. Pues bien, tened por lo mismo  
algun poco de piedad.

CARC. ¡Piedad!... Ya tengo bastante;  
mejor no os puedo tratar.

INÉS. Es cierto, y agradecida...  
pero, ¿por qué me negais  
el solo favor que?...

CARC. ¡Diablo!  
¡No es nada el favor!... ¡Pues ya!  
Si lo supieran... bonita  
se armaria... ¡Sí... dejar  
que comuniquen dos presos!

INÉS. Un minuto nada más.

CARC. Ni medio.

INÉS. Es mi esposo.

CARC. ¿Y qué?

Por lo mismo.

INÉS. ¿Quién sabrá?...

CARC. Mi conciencia.

INÉS. ¿La teneis  
en dejarme así penar?  
¡Ah! ¡Tantos dias sin verle!

- ¡Infeliz! ¡Cuál sufrirá!  
 ¿Teneis mujer? ¿Teneis hijos?
- CARC.                    Sí tengo.
- INÉS.                    Pues bien, pensad  
 cuál vuestro dolor seria  
 si de ellos á separar  
 os llegasen!... Un momento,  
 un momento, por piedad.  
 Dentro de poco... mañana  
 tal vez se ejecutará  
 la sentencia. A separarnos  
 va toda una eternidad;  
 permitid que para siempre  
 un adios le pueda dar.
- CARC.                    ¡Vamos! Si digo yo bien  
 que es brujería.—Vendrá  
 conmigo aquí... Mas silencio;  
 si lo saben...
- INÉS.                    Descuidad.  
 Mi gratitud será eterna.  
 ¿Qué digo? Corta será.  
 Mi gratitud, mi silencio  
 breve término hallarán  
 en la muerte.
- CARC.                    ¡Pobrecita!  
 Me voy... no quiero llorar.

## ESCENA II

DICHOS y FROILÁN.—Al llegar el Carcelero á la puerta sale Froilán.

- INÉS.                    Al fin le daré siquiera  
 el último adios.
- CARC.                    ¿Quién va?  
 Alto ahí... ¿Quién es?
- FROIL.                    Silencio.
- CARC.                    ¡Ah! ¿Sois vos, Padre Froilán?
- INÉS.                    ¡Froilán!... ¡Oh cielos!... ¡Que libre  
 ni aun aquí me ha de dejar!



FROIL. Márchate... dejadnos solos.

Nadie entre aquí.

CARC. Bien está. (Váse.)

### ESCENA III

INÉS y FROILÁN

FROIL. ¡Héla allí... cuál está!

INÉS. ¿Con mis tormentos  
venís, hombre cruel, á recrearos?

¿O bastantes no son que ansiáis, inicuo,  
con vuestro odioso aspecto acrecentarlos?

FROIL. ¡Desdichada!... Mis iras no provoques  
cuando ya sólo aquí piadoso bajo.

INÉS. ¡Piadoso vos!

FROIL. ¿Lo dudas?

INÉS. ¿Yo?... Miradme,  
miradme y responded.

FROIL. ¡Ah! Sí... me espanto  
de mi propia maldad... Yo soy un mónstruo.  
Perdona, Inés.

INÉS. ¡Perdon!

FROIL. Tus males causo,  
infeliz, y una lágrima que viertas  
cae pesada aquí, y hace pedazos  
mi triste corazon.

INÉS. Mentís.

FROIL. ¡Me culpas!

Culpa sólo el amor en que me abraso.

INÉS. ¡Amor horrible!

FROIL. Sí... como tú misma,  
yo me horrorizo de él.. Amor infausto  
que aborrezco y maldigo... Un tiempo fuera  
que dichoso viví, sólo buscando  
ya de envidiada ciencia el gran tesoro,  
ya de fama inmortal el noble lauro.  
Te ví... todo cesó.—Díme: ¿qué hiciste  
que en otro sér así me has trasformado?

Estas fieras pasiones que aquí dentro  
luchan embravecidas y al nefando  
crimen me arrastran, ¿do se hallaban? ¿Cómo  
á tu solo mirar en mí estallaron?  
¿Y cuál es tu poder que desde el cielo  
á la region precita me has echado?  
Luché... me resistí... tú no lo ignoras.  
¡Inútil batallar! Sólo combato  
para ser más vencido... Presa horrible  
de algun genio maléfico encargado  
de mi condenacion, ya abierto miro  
el infierno á mis piés, y en él me lanzo.

INÉS. ¡Ah, me dais compasion!... Si á tanto precio  
venganza he de encontrar, yo la rechazo.

FROIL. ¿Quéoigo? ¡Oh ventural! ¿Conque al fin ya pudo  
una voz de piedad mover tus labios?

INÉS. ¿Soy cruel como vos?

FROIL. ¡Ah! Tú no sabes  
qué atroz, qué horrible la existencia arrastro.  
Los males que tú sufres, yo los sufro  
más crueles mil veces, más amargos,  
que en la inocencia tú consuelo encuentras,  
nuevo verdugo con el crimen hallo.

INÉS. Sed piadoso una vez... Romped mis hierros,  
y entonces juro...

FROIL. ¿Qué?

INÉS. Juro no odiaos.

FROIL. ¿Eso no más?... Escucha: yo tan sólo  
te puedo libertar; lo quiero, lo ansío,  
y á ejecutarlo vengo.

INÉS. ¡Ay! ¿Es posible?

FROIL. Sí; mas de este favor un premio aguardo.

INÉS. ¿Cuál?

FROIL. ¿Lo debo decir?

INÉS. Entiendo... nunca.

FROIL. ¿Nunca?... Piénsalo bien.

INÉS. Ya lo he pensado.

FROIL. ¡Siempre otro afecto tu razon ofusca!

INÉS. ¡Y siempre vos me estais atormentando!

FROIL. De un amante vulgar, dime, ¿qué esperas?

Sólo inconstancia, olvido, eterno llanto  
é indeleble baldon; vil instrumento  
de algunos días de placer, acaso  
para él serias, y cual mueble inútil,  
logrado el torpe fin, luego arrojado.

INÉS. ¡Oh! (Con horror.)

FROIL. ¡Cuál otro es mi amor! A par que ardiente,  
firme le probarás; sí, cuando te amo  
es por la vida; por la vida juro  
á tus plantas estar rendido, esclavo.  
¿Qué no haré yo por tí? ¿Quieres riquezas?  
Habla, y tantas tendrás, que en lujo, en fausto  
te envidien esas damas que orgullosas  
ostentan su beldad en los palacios?  
¿Quieres gozar placeres? Los placeres  
te seguirán do quier...

INÉS. Ea, apartaos;  
huid lejos de mí... Vuestras ofertas  
horror me causan, y os cansais en vano.  
¿Veis este calabozo oscuro, horrendo,  
de suplicios mansion, del hombre espanto?  
Otra estancia buscad más pavorosa,  
tormentos inventad aun más extraños,  
cielo, delicias para mí serian  
si al vivir con tal mónstruo los comparo.  
¿Qué más? La muerte que me espera es dulce  
si me libra de vos.

FROIL. ¿Qué has pronunciado?  
¡La muerte!... Díme: ¿por ventura sabes  
la muerte que va á ser? ¿Piensas acaso  
que es un morir comun, de esos que suelen  
repentinos herir, llegar callando,  
que de esta vida al perdurable sueño  
nos lleva sin sentir como al descanso?  
No, no, que es un morir atroz, horrible,  
que lento y doloroso va llegando;  
que todo nuestro sér destroza y hace,  
para sufrir aun más, sufrir despacio.



INES. Callad... ¡qué horror!

FROIL. Es el suplicio mismo  
que el cielo en sus venganzas ha inventado;  
el mismo, sí, que en el profundo averno  
los que Dios reprobó sufren rabiando.

INÉS. Pues bien, los sufriré... cortos instantes...  
y por ellos despues la gloria aguardo.  
Mas vos tambien los sufrireis, y toda,  
toda una eternidad será, malvado.

FROIL. ¡Horrible eternidad!... Mas yo la acepto  
por un instante de tu amor en cambio.  
Amame, y todo lo demás es nada,  
y sólo al recordar que me has amado,  
de tanta dicha circundarme puede,  
que el infierno tormentos busque en vano.  
Tus odios temo nada más; por ellos  
soy cruel cual me ves, y soy culpado.  
Sálvame, por piedad, de este delirio;  
sálvate á tí de mi furor insano.

A tus plantas postrado te lo ruego,

(Se arroja al suelo.)

sí; yo las baño con acerbo llanto.

Ten de mí compasion y de tí misma,  
mira que juntos nos perdemos ambos.

INÉS. Alzad. ¿Qué es lo que haceis? ¡Cómo! ¡El verdugo  
á los piés de la víctima!... ¿Es escarnio?  
¿Es delirio?... ¡Mas no... castigo es sólo  
del cielo vengador... en tal estado  
yo triunfo, y vos la criminosa frente  
en el polvo ocultais! ¡Digno salario  
debido á la maldad! Alzad os digo;  
donde no os vuelva á ver id, ocultaos;  
dejadme á mí morir, que de mi muerte  
ya en vuestro corazon llevais el pago.

FROIL. ¿Sí?... Ya te dejo... Adios... Pues tú lo quieres,  
sea... tú morirás... Mas si has pensado  
que sola has de morir, te engañas, necia,  
que otro tambien te seguirá al cadalso.

INÉS. ¡Ay!... ¿Quién?



- FROIL.                               ¿No lo adivinas?  
INÉS.                                       ¡Dios! ¿Florencio?  
FROIL.       Ese mismo.  
INÉS.                               ¡Piedad!  
FROIL.                               ¡Venganza!... Entrambos,  
          entrambos morireis.  
INÉS.                               ¡Ah! ¡Que esa herida  
          hasta el fondo del pecho me ha llegado!  
          ¡Florencio!  
FROIL.       No le llames, no, que pronto  
          le volverás á ver.  
INÉS.                               ¿Sí?... ¿Dónde?... ¿Cuándo?  
FROIL.       ¿Dónde? En la hoguera.  
INÉS.                               ¡Compasion!  
FROIL.   En ella  
          la interrumpida union podreis ufanos  
          por siempre renovar... Fieles amantes,  
          ese lecho nupcial, ese os preparo. (Váse.)

## ESCENA IV

INÉS

- INÉS.       ¡Ah!... ¿No basta á tu furor  
          que en mí tu venganza cebes?  
          ¡A hundir el puñal te atreves  
          en la prenda de mi amor!  
          Sin desmayar, sin temor  
          oí mi cruda sentencia;  
          á su bárbara violencia  
          serena entregarme espero,  
          mas para golpe tan fiero  
          no tengo, no, resistencia.  
          ¡Dios mio! mírame aquí  
          humillada en tu presencia;  
          ¡ay! yo imploro tu clemencia,  
          mas no la imploro por mí.  
          Si alguna vez te ofendí  
          sufra yo sola el castigo;  
          tu cólera yo bendigo  
          si á mí solamente alcanza,

pero es sobrada venganza  
perder á mi bien conmigo.

    Mi destino aparecer  
fué en el mundo un solo instante,  
y unir, cual rosa fragante,  
el morir con el nacer.

    Ve la tarde perecer  
flor que la aurora vió abrir;  
y en tan rápido existir,  
esta corta y triste vida  
sólo me fué concedida  
¡ay! para amar y sufrir.

    Florencio, dueño adorado,  
yo soy, yo, quien te asesino;  
fatal te fué mi destino;  
¿por qué, por qué me has amado?  
Te prometí, desdichado,  
suerte de amor placentera;  
te engañé; sólo te diera,  
en premio de tu pasión,  
por palacio una prision,  
y por tálamo una hoguera.

    Perdona, mi bien, perdona,  
y no culpes á mi amor;  
son mi desdicha mayor  
los males que te ocasiona.  
Otro premio, otra corona  
te quise yo reservar;  
mas si no logró alcanzar  
tamaño bien nuestro anhelo,  
no importa, que allí en el cielo  
aun nos podremos amar.

## ESCENA V

INÉS, FLORENCIO y EL CARCELERO

CARC. Venid... allí está. (A Florencio.)

INÉS. ¡Florencio!

FLOR. ¡Inés... ¡Y te vuelvo á ver! (Se abrazan.)

- INÉS. ¡Ah! ¡Fallezco de placer!
- FLOR. ¡Dueño adorado!
- CARC. Silencio.  
Hablar bajo es menester.
- FLOR. Contenerme no me es dado...
- CARC. Pues volved á la prision.
- INÉS. ¡Arrancarle de mi lado!  
Primero me hareis, malvado,  
pedazos el corazon.
- CARC. ¡Buena la hicimos por cierto!  
¡Y tened luego piedad!  
Reniego de mi bondad.  
(El carcelero se va, dejando solos á Inés y Florencio.)
- FLOR. ¿Estoy dormido ó despierto?  
¿Es ilusion? ¿Es verdad?  
¡Inés, Inés en mis brazos!
- INÉS. Sí; mírame junto á tí.  
Ven, y estrechemos aquí  
tan dulces y tiernos lazos.  
Ven, ven más cerca de mí.
- FLOR. Deja que de esa mirada  
me abrase el suave ardor;  
deja que aspire el olor  
de tu boca perfumada,  
y más me embriague de amor;  
deja contemple otra vez  
esa divina hermosura,  
que aunque tanta lobreuez  
ocultármela procura,  
puede más su brillantez.  
En vano el dolor pretende  
tan bella flor marchitar,  
que en el que bien sabe amar  
aun más su pasion enciende  
la hermosura del pesar.  
Llega, llega, Inés, y pon  
tu mano en el corazon;  
¿ves cuál late enamorado?  
Pues de hacerlo no ha dejado

por tí en tan larga prision.  
INÉS. Esa confianza, mi bien,  
en medio la pena mia,  
fué de mi vida el sostén;  
si pienso en él, me decia,  
él en mí piensa tambien;  
si sufro yo por sus males,  
él por los mios padece;  
ó más bien, en penas tales,  
amor, consuelos iguales  
benigno á los dos ofrece.  
Esta prision horrorosa  
do paso tan tristes dias,  
la imaginé, ¿lo creerias?  
tal vez mansion deliciosa,  
porque en ella tú vivias.  
En sus muros denegridos  
viérasme siempre aplicar  
con triste afan los oidos,  
por sí lograba escuchar  
tus ayes y tus gemidos.  
Mil veces yo les conté  
mi pasion, mi pena fiera,  
porque en mi vana quimera  
la dura piedra pensé  
repetírtelas pudiera.  
Otros dias más serenos  
no le pedia tu Inés  
al cielo de gozo llenos  
sino una vez á lo menos  
mirarte, y morir despues.  
FLOR. ¡Tú morir, tú, vida mia!  
¡Oh, qué pensamiento atroz!  
¿Quién sentenciarte osaria?  
¿Dónde está el hombre feroz  
que asesinar te podria?  
Mas, ¿qué digo? ¿Por ventura  
á donde me encuentro olvido?  
Jamás aquí la impostura



en su rabia ha conocido  
ni juventud ni hermosura.  
Cuando es mayor la inocencia,  
más su víctima reclama;  
ya dictó nuestra sentencia,  
y sólo en la ardiente llama,  
allí hallaremos clemencia.

INÉS. Ya la dictó; si dudar  
un solo instante pudiera,  
no faltó con rabia fiera  
quien, por sólo atormentar,  
á anunciármela viniera.

FLOR. ¿Quién?

INÉS. ¿Lo ignoras?

FLOR. ¡Hombre odioso!

INÉS. Habrá muy cortos instantes  
que aquí se hallaba furioso.

FLOR. ¿Qué dices? ¡Dios poderoso!  
¡Y no pude llegar antes!

INÉS. Aquí de su impuro amor  
osó pintarme el ardor,  
y aun con fiera complacencia,  
de mi suplicio el horror,  
por vencer mi resistencia.  
¡Vencerme! ¡Vanos intentos!  
No, mi flaqueza no es tanta;  
para sufrir tengo alientos;  
mucho más que los tormentos  
su odiosa pasión me espanta.

FLOR. ¡Oh valerosa mujer!  
Tú alientas mi pecho amante,  
mas si víctima has de ser,  
no tengo valor bastante  
para verte padecer.  
En una hoguera fatal...  
¡Oh cielos! ¡Yo me extremezco!  
No, mujer angelical,  
no será; librate ofrezco  
de ese suplicio infernal.

- INÉS.           ¿Cómo!... ¿Tú?
- FLOR.                           ¿Tendrás valor?
- INÉS.           ¿Pudiera faltarme al verte?
- FLOR.           Mira que en tanto dolor  
                  último don de mi amor  
                  será tan sólo la muerte.
- INÉS.           Yo con placer la recibo  
                  de tí, por quien solo vivo.
- FLOR.           Este anillo que aquí ves,  
                  en sus entrañas, Inés,  
                  encierra un veneno activo.
- INÉS.           Dámelo luego... Morir  
                  mi aciago destino es ya;  
                  pero al dejar de existir,  
                  al menos el no sufrir  
                  tu esposa te deberá.
- FLOR.           Sí, mi Inés, y mil delicias  
                  aun al morir probaremos;  
                  hasta espirar nos veremos,  
                  y entre amorosas caricias  
                  abrazados moriremos.  
                  Mis labios recogerán  
                  ansiosos tu último aliento  
                  cuando el mio exhalarán,  
                  y unidas, al firmamento  
                  nuestras almas subirán.  
                  Vengan despues los malvados  
                  de mil suplicios armados,  
                  y en su derecho imponente,  
                  en restos inanimados  
                  ejerzan su saña ardiente.  
                  Al ver burlado su anhelo  
                  temblarán, sí, de furor,  
                  y nosotros sin recelo  
                  gozaremos desde el cielo  
                  de su rabioso dolor.
- INÉS.           Dáme el veneno... ¿Qué tardas?  
                  Tal vez la ocasion perdemos  
                  si sólo un instante aguardas.

- FLOR. Pues primero yo...  
(Saca el anillo del dedo, lo abre y lo aplica á los labios.  
En este instante Inés, como herida de otra idea, le detiene, asiéndole el brazo.)
- INÉS. ¿Qué hacemos?  
No... detente.
- FLOR. ¿Te acobardas?
- INÉS. ¿Yo acobardarme?... Jamás;  
no es el temor de la muerte,  
es el temor de perderte.
- FLOR. ¡Ah! Siempre me perderás,  
que así lo manda la suerte.
- INÉS. En este mundo de horror,  
mas reunirnos debemos  
en otro mundo mejor,  
y amarnos allí podremos  
con puro y eterno amor.  
Esta halagüeña esperanza  
me da en mis males aliento;  
pero, ¡ay! el celeste asiento  
sólo la virtud le alcanza,  
y es criminal nuestro intento.  
Suframos, mi bien, suframos;  
¿qué importa una hora sufrir  
si siempre puros quedamos  
y así felices logramos  
al trono de Dios subir?  
¿Temes falte resistencia  
á esta mujer á quien amas?  
No, que al sufrir mi sentencia,  
me verás en tu presencia  
sonreír entre las llamas.  
Fija los ojos en mí,  
que sin dejar de mirarte,  
tú me escucharás allí  
con firme voz darte el sí  
que en el altar debí darte.  
De los hombres á despecho,  
templo la hoguera será,

ó de rosas blando lecho,  
donde al fin en lazo estrecho  
nuestra union se cumplirá,  
y en vez de que al espirar  
nuestros amores se acaben,  
se verán acrecentar  
de cuanto los cielos saben  
más que los hombres amar.

FLOR.

¡Oh Dios!... ¡Y es una mujer  
quien con tal valor se explica?  
No, no; que en tí pienso ver  
un ángel que purifica  
con su hablar todo mi sér.  
Al escucharte ya siento  
centuplicado mi aliento;  
vengan los suplicios, pues,  
que para mí no hay tormento  
si me hallo á tu lado, Inés.  
Este veneno aliviara  
nuestro sufrir, es verdad,  
mas por siempre nos separa,  
y el suplicio nos prepara  
de union una eternidad.  
Pues bien, no lo necesito;  
ya mi mano lo arrojó; (Arroja el anillo.)  
dígase que nos mató  
de los hombres el delito,  
mas nuestro delito no.

INÉS.

Ahora, Florencio, eres mio  
por siempre, por siempre, sí.  
¿No te sientes otro, dí?  
¿No te parece tardío  
el suplicio como á mí?  
¡Y pensaban separarnos  
los viles! ¡Qué necios son!  
Con su dañada intencion  
logran sólo prepararnos  
más firme y eterna union. (Sale el carcelero.)  
Amiguito, luego, luego

CARC.



- á vuestro encierro venid.
- FLOR. Un instante más os ruego.
- CARC. No puede ser, que en Madrid  
de sedicion arde el fuego.
- FLOR. ¿Qué decís?
- CARC. Una asonada  
ha estallado de repente.  
A voces pide la gente  
ver la cabeza cortada  
de Oropesa el Presidente.  
Alborotados están  
los chulos, porque hace dias  
que en la corte falta el pan.
- FLOR. Del francés más bien serán  
traiciones y villanías.
- CARC. Yo no lo sé, ni me importa.  
Basta de conversacion.
- INÉS. ¡Basta, y ha sido tan corta!
- CARC. Pues me gusta la apension.  
¿Quién vuestra charla soporta?  
Nunca se cansan de hablar  
los maldecidos amantes.
- FLOR. Aguardad pocos instantes.
- CARC. Ni un minuto; ya marchar  
os debeis antes con antes.  
¿Me quereis comprometer?
- FLOR. Eso no.
- CARC. Pues bien, venid.
- INÉS. Otra vez nos permitid  
que nos volvamos á ver.
- CARC. Bueno... sí... pero salid  
ahora.
- FLOR. No puede ser.
- CARC. ¡Qué pesadez!... Ea, vamos. (Se lo lleva.)
- INÉS. ¡Dueño mio! (Corriendo hácia él.)
- CARC. ¡Tambien vos!
- FLOR. Abrázame. (A Inés.)
- CARC. ¡Voto á brios!
- INÉS. ¡Ah! ¡Mi bien!

CARC. Buenos estamos.  
 Venid, pues.  
 (Se pone entre los dos y los separa.)  
 INÉS. Adios.  
 FLOR. Adios.

## ESCENA VI

La escena cambia á la vista y representa una plaza. En el foro está el palacio del Conde de Oropesa. A los lados se ven el despacho de un tahonero, la tienda de un armero y una taberna. Multitud de gentes están amontonadas delante de la tahona esperando su turno para alcanzar pan; grande agitacion entre ellas, con muestras de impaciencia y de cólera; unas á otras se procuran quitar el puesto, empujándose y gritando.

HOMBRES y MUJERES DEL PUEBLO, EL TREMENDO, DOS AGENTES DE MOTIN, UN CRIADO DEL CONDE DE OROPESA, UN TAHONERO, UN ARMERO, UN TABERNERO, MUCHACHOS y UN ALGUACIL.—  
 Todos estos personajes salen y entran conforme lo va marcando el diálogo.

HOMB. 1.<sup>o</sup> Venga una hogaza.  
 MUJ. 1.<sup>a</sup> Dos panes.  
 HOMB. 2.<sup>o</sup> Despache usted.  
 TAHON. Yo no puedo  
 dar á todos á la vez.  
 HOMB. 1.<sup>o</sup> Hace tres horas que espero.  
 MUJ. 1.<sup>a</sup> Yo más de cinco.  
 TAHON. Tomad.  
 (Da á los dos primeros.)  
 HOMB. 2.<sup>o</sup> A mí.  
 MUJ. 2.<sup>a</sup> A mí.  
 TAHON. Cachaza.  
 HOMB. 3.<sup>o</sup> Quedo.  
 (Los dos que han tomado pan hacen esfuerzos para salir.)  
 No hay que empujar.  
 HOMB. 2.<sup>o</sup> Atrás.  
 (Quiere pasar por entre los demás.)  
 MUJ. 2.<sup>a</sup> ¡Bruto!  
 Me ha dado un golpe en el pecho.

VARIOS. ¡Fuera! ¡Fuera!

(Se arremolinan todos, y echan fuera del corro al Hombre 2.º Sale un muchacho con pan do entre la gente.)

MUCH. 1.º Ya pesqué.

HOMB. 2.º ¿Tú?... Dámelo.

MUCH. 1.º ¡Pues!... No quiero.

HOMB. 2.º Lo has robado.

MUCH. 1.º ¿Yo?

HOMB. 2.º Tunante.

(Le quiere quitar el pan.)

MUCH. 1.º ¡Favor! ¡Favor!

HOMB. 3.º Cepos quedos,  
tio Remellado. (Se pone entre los dos.)

HOMB. 2.º Si es que...

HOMB. 3.º ¡He!... Deje á ese chico quieto.  
(Le da un empujon que le hace casi caer.)

HOMB. 2.º ¡Haya bárbaro!

HOMB. 3.º Aquí nadie  
es más que nadie... A su puesto,  
y á quien se la diere Dios,  
bendígasela San Pedro.  
(Salen los dos Agentes del motin, y se quedan á un lado hablando, mientras los del pueblo siguen empujándose unos á otros delante de la tahona.)

AGENT. 1.º Mirad otro corro aquí.

AGENT. 2.º Esto va tomando cuerpo.

AGENT. 1.º La mina reventará.

AGENT. 2.º No hay más que aplicar el fuego.

AGENT. 1.º Al fin se saldrá el francés  
con la suya.

AGENT. 2.º Así lo creo.

AGENT. 1.º Quedad vos en este sitio;  
yo hago falta en otro.

AGENT. 2.º Bueno.

¿El santo?

AGENT. 1.º Borbon y España.

AGENT. 2.º ¿La reunion?

AGENT. 1.º Los consejos.

AGENT. 2.º ¿El grito?

- AGENT. 1.<sup>o</sup> Muera Oropesa.
- AGENT. 2.<sup>o</sup> ¿Y viva el Rey?
- AGENT. 1.<sup>o</sup> Por supuesto.  
(Váase el Agente 1.<sup>o</sup>)
- TAHON. Ya no hay más.
- VARIOS. ¡Cómo!... ¿Y nosotros?
- TAHON. Mañana.
- TODOS. ¡Mañana! ¡Perro!  
(El Tahonero cierra la ventanilla.)
- HOMB. 2.<sup>o</sup> ¡Y ha cerrado!
- VARIOS. Apedrearle  
la casa.
- TODOS. Sí.
- HOMB. 3.<sup>o</sup> Allá va eso. (Tira una piedra.)
- VARIOS. ¡Pícaro! ¡Ladron!... ¡Judío!  
(Tirando piedras á la casa.)
- MUCH. 2.<sup>o</sup> Rompíle un vidrio.
- MUJ. 2.<sup>a</sup> Bien hecho.
- HOMB. 1.<sup>o</sup> Será preciso colgarle  
del balcon.
- MUJ. 2.<sup>a</sup> Para escarmiento  
de sus iguales.
- TODOS. Sí, vamos.  
(Se abalanzan á la puerta. Sale un Alguacil, y se coloca entre ellos, deteniéndolos.)
- ALG. ¡Hola! ¿Qué gritos son estos?  
¡A la cárcel! ¡A la cárcel!
- MUJ. 1.<sup>a</sup> Fuera de aquí el estafermo.
- ALG. ¡Yo estafermo!... ¡A la galera!
- MUJ. 1.<sup>a</sup> ¿A quién? ¿A mí? Ya lo veo.
- ALG. Yo haré...
- VARIOS. ¡Matarle!
- OTROS. ¡Matarle!
- ALG. ¡Favor al Rey! (Echa á correr.)
- AGENT. 2.<sup>o</sup> Deteneos.  
No un despreciable alguacil,  
no un mísero tahonero,  
de nuestro justo furor  
hoy debe ser el objeto.



Los que causan nuestros males,  
esos castigar debemos;  
los viles cuya codicia  
con la miseria del pueblo  
trafican, y llenan sus cofres  
quitándonos el sustento;  
los que engañando al monarca...

TODOS. Tiene razon; esos, esos.

AGENT. 2.º Diez años há que Oropesa  
abusa del sufrimiento  
de esta nacion; ¿hasta cuándo  
nos ha de tener opresos?

VARIOS. ¡Qué muera Oropesa!

TODOS. ¡Muera!

VARIOS. Es preciso le arrastremos.

TODOS. A su casa.

AGENT. 2.º Vedla allí.

HOMB. 3.º ¡Qué palacio tan soberbio!

HOMB. 2.º Es el sudor de los pobres.

VARIOS. ¡Asaltarla!

OTROS. ¡A darle fuego!

VOCES DENTRO. ¡Muera Oropesa!

VARIOS. ¿Qué voces?...

VOCES DENTRO. ¡Muera! ¡Muera!

HOMB. 3.º Es el Tremendo  
que viene aquí con su gente  
de los barrios.

HOMB. 1.º Buen refuerzo.

Ya tenemos jefe.

TODOS. ¡Viva!

¡Viva el guapo!

(Sale el Tremendo con una turba de hombres, mujeres y  
muchachos, armados de palos, espadas, lanzas, mosque-  
tes, escudos y toda clase de armas.)

TREM. Compañeros,  
esa es la casa.—Vosotros,  
¿por quién estais?

VARIOS. Somos vuestros.

TREM. ¿Pues qué haceis ahí sin armas?

HOMB. 3.º ¿Qué armas?... Si no las tenemos.

TREM. ¿Eso, cobardes, decís,  
habiendo en Madrid armeros?  
Ahí teneis uno.

HOMB. 1.º Es verdad;  
no está mal pensado.

VARIOS. Entremos.

TREM. Tomad mosquetes, espadas,  
picas, dagas, todo es bueno.  
Vosotros, id á encender  
unas hachas.

(Entran unos en casa del armero, y otros se van, volviendo luego con hachas encendidas.)

AGENT. 2.º Tabernero,  
una mesa, jarros, vasos  
y vino abundante... Luego.  
Tráelo aquí fuera.

TAB. ¿Quién paga?

AGENT. 2.º ¿Quién ha de ser? El dinero.

TAB. ¿Y dónde se halla?

AGENT. 2.º ¡Ahí le tienes!

(Le tira un bolsillo. El tabernero lo recoge, y mira.)

TAB. ¡Cáspita!... ¿Y oro?... Al momento.

TREM. Y bien, muchachos...

(Salen armados los que entraron en casa del armero; este sale tambien corriendo detrás de ellos.)

VARIOS. Ya estamos.

ARM. ¡Ladrones!... Dejad.

TREM. ¿Qué es eso?

HOMB. 3.º Este bribon que no quiere  
dar las armas; si le pego  
un...

ARM. Me dejan arruinado.

TREM. Buen hombre, las volveremos.

ARM. ¡Sí, volver!

TREM. Y sobre todo,  
es la voluntad del pueblo.

(Mientras se dicen los versos anteriores, el tabernero habrá sacado una mesa, y colocado en ella jarras y vasos.)

- AGENT. 2.º Amigos, echad un trago.
- TREM. Bien pensado; remojemos la palabra.
- AGENT. 2.º No hay que andarse con melindres; vaso lleno, y hasta verte, Jesus mio.
- TREM. A que duerma en los infiernos esta noche el Oropesa.
- VARIOS. Eso, sí; que duerma en ellos. (Beben todos.)  
Muchachos, ea, al avío.  
Vamos.
- AGENT. 2.º A la casa.
- TODOS. Entremos.
- HOMB. 1.º Han atrancado la puerta.
- VARIOS. Abajo con ella.
- TREM. Quedaos.  
Nadie me quite la gloria de dar el golpe primero.  
Allá va... Mucho resiste.  
(Con el hacha que tiene en la mano da varios golpes.)
- HOMB. 3.º ¡Eh! Cuidado, que han abierto los balcones.  
(Se abre un balcon, y el criado del Conde sale con una escopeta.)
- CRIADO. Al más guapo.  
A tí, Tremendo, este obsequio. (Dispara.)
- TREM. Apunta otra vez mejor.
- UN VIEJO. ¡Ay! (Cae herido.)
- TREM. ¿Qué ha sucedido?
- HOMB. 1.º El tío Crespo.
- HOMB. 2.º Le ha muerto.
- MUJ. 2.ª ¡Y deja seis hijos!
- VARIOS. ¡Venganza!
- OTROS. ¡Venganza!
- TODOS. A ellos.  
(Se abalanzan todos á la puerta, y la echan abajo á golpes de hachas.)
- HOMB. 1.º Ya cayó.
- HOMB. 2.º Adentro.





- HOMB. 2.º Saquemos algun provecho  
de este motin... Ya es de noche;  
algunos más de los nuestros  
podemos juntar, y todos,  
así como asaltan esos  
el palacio de Oropesa,  
la Inquisicion asaltemos.
- VARIOS. Sí... sí... vamos.
- HOMB. 4.º A la obra.
- HOMB. 2.º Venid; no hay que perder tiempo.  
(Se van, y salen los que habian entrado en la casa.)
- TREM. El bribon logró escaparse.
- HOMB. 3.º No importa, le alcanzaremos.
- AGENT. Vamos ahora á palacio.
- TREM. A palacio.
- HOMB. 3.º ¿Con qué objeto?
- AGENT. A pedir que expida el Rey  
de su prision el decreto.  
(Salen otros de la casa sacando preso al Criado del Con-  
de que disparó el tiro.)
- HOMB. 1.º Aquí está.
- TREM. ¿Quién? ¿Oropesa?
- HOMB. 1.º No, el del tiro; el que al tio Crespo  
ha matado.
- VOCES. ¡Muera! ¡Muera!
- TREM. No, no... A juzgarle primero.  
¿Quién eres?
- CRIADO. Soy un criado  
del Conde.
- TREM. ¿No has hecho fuego  
contra nosotros?
- CRIADO. Sí hice.
- TREM. ¿Por qué?
- CRIADO. Para defenderlo.
- TREM. ¿Y por qué le defendias?
- CRIADO. ¿Yo?... Por agradecimiento.
- TREM. ¿Dónde está el Conde?
- CRIADO. Ya huyó.
- TREM. ¿Por qué sitio? Dílo luego.

- CRIADO. ¿Tengo facha de traidor?  
 TREM. ¿Le seguías?  
 CRIADO. Pude hacerlo,  
 pero no quise.  
 TREM. ¿A qué fin?  
 CRIADO. Con el fin de deteneros.  
 TREM. ¿Luego te entregas por él?  
 CRIADO. Cumplo así con lo que debo.  
 TREM. Bien... Escucha tu sentencia.  
 CRIADO. Ya la escucho.  
 TREM. Estás absuelto.  
 VARIOS. ¿Cómo?  
 TREM. Es leal, es honrado;  
 yo á tales hombres aprecio.  
 HOMB. 1.º Sí, pero...  
 TREM. Lo dicho, dicho;  
 nadie replique.  
 (Sale otro hombre de la casa del Conde con un bolsillo  
 en la mano.)  
 HOMB. 5.º Tremendo,  
 este bolsillo he encontrado.  
 TREM. ¿Qué tiene?  
 HOMB. 5.º De oro está lleno.  
 TREM. Quédate con la mitad;  
 la otra mitad al armero;  
 así quedará pagado  
 del daño que le hemos hecho.  
 VOCES. ¡Viva el Tremendo!  
 HOMB. 3.º Y 5.º ¡Que viva,  
 que es valiente y justiciero!  
 TREM. Ahora á palacio.  
 TODOS. A palacio.  
 TREM. Ea, muchachos, marchemos.  
 (Se van por un lado y salen por el otro los que fueron á  
 asaltar la Inquisición.)  
 HOMB. 2.º ¡Victoria, amigos, victoria!  
 Bien logramos nuestro intento.  
 HOMB. 4.º Ardiendo la negra está.  
 HOMB. 2.º Y ya escaparon los presos.

HOMB. 4.º Corramos, que nos persiguen  
los soldados.

HOMB. 2.º No hay miedo;  
son pocos, que aun no han podido  
llegar á Madrid los tercios  
que se esperan.

HOMB. 4.º Sin embargo,  
huir será lo más cierto. (Vánse corriendo.)

## ESCENA VII

INÉS, FLORENCIO, luego UN OFICIAL, EL CARCELERO y SOLDADOS

FLOR. Ven, Inés, ven, vida mía.

INÉS. Apenas seguirte puedo.

FLOR. ¡Qué inesperado socorro!

INÉS. Sin duda lo mandó el cielo.

FLOR. Querrá salvar tu inocencia.

INÉS. ¿Dónde nos ocultaremos  
ahora?

FLOR. Dios guiará.

INÉS. Nadie querrá guarecernos.

FLOR. Lo que importa es alejarnos.

INÉS. ¡Ah! que quizá ya no es tiempo;  
aquí llegan los soldados.

FLOR. Huyamos.

INÉS. Me falta aliento.

FLOR. ¡Malhaya!...

(Salen el Carcelero, el Oficial y Soldados.)

CARC. Venid, venid.

Esos son unos; prendedlos.

FLOR. Primero me matareis.

OFICIAL. Soldados, á él.

INÉS. ¡Florencio!

(Florencio encuentra una espada en el suelo y se apodera de ella para defenderse contra los soldados, que le cercan y le hieren, dejándole tendido en tierra.)

FLOR. Una espada encuentro aquí;

acercaos, ya no os temo.

Inés, junto á mí.

INÉS.

¡Dios mio!

¡Piedad, piedad!

FLOR.

¡Ah! Soy muerto.

INÉS.

¡Cielos!... Matadme tambien.

OFICIAL.

Atadla; vuelva á su encierro.

INÉS.

¡Bien mio!... ¡Y le sobrevivo!

No puedo más... ¡Yo fallezco!

(Cae desmayada en brazos de los soldados, que se la llevan.)

FIN DEL ACTO CUARTO



---

# ACTO QUINTO

---

El teatro representa el panteon del Escorial; hácia el proscenio  
habrá una mesita con una lámpara encendida

## ESCENA PRIMERA

EL PRIOR DEL ESCORIAL y UN MONJE.—El Monje trae una  
escribanía. El Prior lleva una hacha encendida

PRIOR. Póngala en esa mesa... Bueno.

(El Monje coloca la escribanía en la mesa.)

MONJE. ¿Falta  
alguna cosa más?

PRIOR. No.

MONJE. ¡Yo me admiro!  
Nunca aquí se ha bajado...

PRIOR. El Rey lo manda.

MONJE. ¿Para qué?

PRIOR. ¿Qué le importa? ¿Es permitido  
á un fraile ser curioso?

MONJE. Es que...

PRIOR. Silencio.

Ya se puede marchar. (Váse el Monje.)

## ESCENA II

EL REY, PORTOCARRERO y EL PRIOR.—Sale el Rey apoyándose en  
Portocarrero; el Prior, con el hacha en la mano, permanece retirado

REY. ¡Qué horrible sitio!  
¡Qué lóbreguez!... Aquí ni un solo rayo  
de esa divina luz que con su brillo

- alegra al mundo y al mortal conduce,  
consigue penetrar... Es su destino  
eterna obscuridad, silencio eterno...  
para abrir esas puertas es preciso  
que lloren los monarcas, que se cubra  
de luto el trono... ¡Qué pavor, Dios mio!
- PORT. ¿No lo dije, señor? Estos sepulcros  
¡ah! ¿por qué visitar habeis querido?
- REY. Callad... lo prometí.
- PORT. ¿Cómo?
- REY. Es un voto;  
un voto, Cardenal... fuerza es cumplirlo.  
El cielo mismo me lo ordena.
- PORT. Entonces...
- REY. Mas esas rejas que al entrar he visto  
que insoportable fetidez exhalan,  
¿do conducen, decid?
- PORT. Es el recinto  
do yacen de los reyes los despojos  
antes de entrar aquí... donde roídos  
de gusanos inmundos, sólo salen  
cuando á arrojarlos de él vienen sus hijos.
- REY. ¡Oh Dios!... ¿Conque mi padre?...
- PORT. Allí reposa.
- REY. ¡Fatal compensacion!... Si un trono mismo  
de asiento nos sirvió, tambien de pasto  
á los mismos insectos les servimos.  
(Va y se arrodilla delante de la puerta.)  
¡Tú que en tierna niñez, por mi desgracia  
tu poder me dejaste, padre mio,  
pues nunca derramar pude en tu seno  
el dulce llanto de filial cariño,  
ahora permite que en tu losa vierta  
lágrimas de dolor!... ¡Ah! yo confío  
que en breve, en breve, de esa estancia horrible  
te venga á libertar, y que mis frios  
restos recojan esa herencia nueva  
de hedor y podredumbre.
- PORT. ¿Qué habeis dicho?

REY. Señor, ¿en qué pensais?... Alzad... Salgamos...  
¡Salir! ¿Has olvidado á qué he venido?

(Levantándose.)

Avancemos, en fin... Salud, morada  
de la muerte, salud... Paz os envío,  
ilustres ascendientes, que otro tiempo  
temiera el universo estremecido,  
y ahora en polvo trocados, bien pudiera  
el soplo dispersar, esclavo indigno...  
En vano aquí con orgullosa pompa  
vuestra nada encubrís; igual destino  
que al vasallo más vil al fin os cupo,  
y con un peso igual estais medidos...  
Mas al menos un bien que allá en el mundo  
no tuvisteis, gozais... la paz... Yo envidio  
esepreciado bien, y sólo espero  
con vosotros hallarlo en este sitio.

PORT. ¡Ah! señor, esas lúgubres ideas  
funestas pueden ser... A qué afligiros...

REY. ¡Y qué me importa!... ¡Si es un bien la muerte;  
si para padecer tan sólo existo;  
si tendré por feliz aquel instante  
que del peso me libre con que gimol  
Mi funesto vivir, ¿para qué sirve?  
El universo ya, mis pueblos mismos  
sólo me piden que ese pliego firme,  
y gozosos despues verán que espiro.

(Señalando un pliego arrollado que lleva el Cardenal en la  
mano.)

PORT. Firmadlo, sí, señor, pero no sea  
con tan triste esperanza... Antes mil siglos  
todavía vivid, para consuelo  
de este pueblo leal... Sólo el alivio,  
el descargo buscad de la conciencia,  
nombrando al sucesor que ha de regirnos  
cuando de vos el cielo disponiendo,  
os quiera abrir las puertas del empíreo.

REY. Está bien, Cardenal... En esa mesa  
el acta colocad.

(Portocarrero coloca el pliego sobre la mesa. Entre tanto el Rey va al altar, se arrodilla y está orando un rato; despues se levanta, se dirige á la mesa y toma una pluma para firmar, pero al ir á hacerlo se detiene arrepentido y arroja la pluma.)

REY.

¡Cielos divinos!

¿Qué es lo que voy á hacer?... No... no lo puedo; es superior á mí tal sacrificio.

PORT.

¡Superior! ¿Qué decís?... ¡En un monarca tanta debilidad!... Cuando es preciso de su pueblo en favor un noble esfuerzo, ¿puede nunca dudar en consentirlo?

REY.

¿Quereis que á mi familia desherede?

¿Por quién?... ¿Por un extraño, un enemigo?

PORT.

¡Ah! No es el corazon en tales casos quien se debe escuchar... Prestad oido tan sólo á la razon... Ese es el voto de los pueblos, señor, del Papa mismo. Cuando un santo deber todos prescriben, ¿vos el solo sereis á resistirlo?

¿Pondreis en la balanza una familia con un pueblo?... Jamás... ¡Atroz delito!

REY.

¿Qué es lo que osas decir?... ¿Do estás hablando por ventura olvidaste, fementido?

¿Sabes tú quién te escucha?... Tiende, tiende la vista en derredor de este recinto; tus Reyes son á quien agravias... Tiembla que se alcen de la tumba enfurecidos, y en su justa venganza, desdichado, lancen sobre tu frente el esterminio.

PORT.

Sobre mi frente no... sobre la vuestra... pues el justo mandato osais, impío, del cielo resistir... pues de una raza hoy preferís el interés mezquino al de la eternidad... Decid: ¿qué cuenta dareis, débil monarca, al Juez divino, cuando sin cetro, sin poder os llame ante su tribunal, cuando en castigo de tanta obstinacion lance sus rayos



y os sepulte su fallo en el abismo?

REY. No más... no más... ya le obedezco... Dadme una pluma.

PORT. Tened... firmad.

REY. Ya firmo.

(Portocarrero toma una pluma y se la da al Rey, el cual firma con la mayor precipitacion. Despues de hacerlo, suelta la pluma horrorizado, retrocede con espanto y se oculta el rostro con las manos. Portocarrero recoge el pliego.)

REY. ¡Ah! Pues no os conmoveis en vuestras tumbas, señal, ¡oh reyes! que lo habeis querido.

PORT. Sí, lo quieren, señor... ¿Qué otro deseo han tenido jamás; qué otro designio sino la dicha, el esplendor, la gloria del magnánimo pueblo que han regido?

(Abrazando al Rey, que deja caer su cabeza sobre el pecho del Cardenal.)

REY. En fin... hecho está ya... Los reinos todos son de Dios; á él le toca repartirlos. Rey fuí... ¿Y ahora qué soy?... Nada. Salgamos, salgamos pronto de este horrible sitio... su hedor, su lobregez; todo me espanta... ¡Y oh cuán helado está!... ¡Cielos... qué frio!

PORT. Sí, salgamos, señor... ¿A qué aguardamos? ¡Jamás á él hubiérais descendido!

REY. Tarde ó temprano, descender es fuerza... y habitarlo por siempre es mi destino.

(Como animado de una nueva idea.)

Aguardad... aguardad...

(Se dirige hácia el Prior y le arranca el hacha de las manos.)

Vos, Padre, dadme esa luz.

PORT. ¿Qué intentais? ¡Oh qué delirio!

(El Rey, con el hacha en la mano, recorre precipitadamente todo el Panteon mirando las urnas.)

REY. ¿Qué es esto? ¡Oh Dios! ¡Entre sepulcros tantos ni uno sólo hallaré que esté vacío!

PORT. ¡Oh! ¡Cuál os engañais!... Para llenarlos, ¡cuántas generacioges, cuántos siglos

aun habrán de pasar, y sobre España  
cuán contrarios y míseros destinos!

(El Rey se para ante una urna abierta, que estará junto al  
proscenio, y la mira con ánsia.)

REY. ¡Ay! ¡Uno encuentro aquí!... Padre, acercaos;  
mirad este sepulcro... este es el mio.

Aquí, por fin de mis eternos males,  
aquí sólo encontrar podré el alivio...

Mira, mira, infeliz... Tus reinos todos  
quedarán á ese espacio reducidos...

Es tu eterna mansion... gózate en verla...

Padre, no lo olvideis... Esa, lo he dicho,  
mi tumba habrá de ser... Nadie se atreva  
á quitármela, no.—Mirad... ya escribo  
mi nombre en ella.

(Saca la daga, y con la punta graba su nombre en el tar-  
jeton de bronce que está sobre la urna.)

Bien... Adios ahora...

Mas pronto volveré... Venid.

PORT.

Ya os sigo

(Vánse precipitadamente.)

### ESCENA III

El teatro cambia y representa un salon régio. Puerta al foro; otra  
puerta á un lado, y en el opuesto grandes ventanas y balcones

FROILAN.—Sale azorado, y va á mirar con ansia por un balcon

FROIL. ¿Llega ya?... No... Todavía  
está lejos... ¡Ah! ¡Qué angustia!  
Con más valor me creí...  
¿Y ahora, bárbaro, dudas?  
¿No lo quisiste?... ¿Tú mismo  
no has labrado, por ventura,  
con arte infernal la trama  
que en la hoguera la sepulta?  
¿No buscaste la venganza?  
¡Ah!... Las venganzas de amor  
cuando están lejanas gustan,

más en horribles tormentos  
cuando ya llegan se mudan.  
¡Cuánto sufro!... Si pudiera...  
No es tiempo ya... La fortuna  
en justo castigo quiere  
que tus maldades se cumplan.  
Con todo... sí... sólo un medio...  
¡oh cielo! si tú me ayudas...  
Por aquí debe pasar...  
Los monjes que la circundan,  
los guardias de este palacio  
todos sumisos escuchan  
mis mandatos... Si al llegar  
rompiesen sus ligaduras...  
si hasta aquí la persuadiesen  
que á implorar su gracia suba...  
El Rey me consultará,  
y entonces... ¿Pero qué buscas?  
¿Te odiará menos?... No, no...  
Muera, pues... ¡Fatal locura!  
Viva... mas lejos de mí,  
lejos de estos sitios huya;  
no viéndola, al fin podré  
recuperar mi ventura...  
Pues ya murió mi rival,  
encerrados en su tumba  
queden con él mis rencores,  
con él mis iras concluyan.

## ESCENA IV

FROILÁN y PORTOCARRERO. Luego EL REY.

PORT. Padre Díaz...

FROIL. Perdonad. (Váse sin atenderle.)

PORT. El Rey está... No me escucha.

(Sale el Rey despacio y doliente, y se sienta.)

REY. Cardenal, ¿mandásteis ya  
á Ubilis mi testamento?

- PORT. Entreguésele al momento.  
Cerrado y sellado está,  
y se archivará despues.
- REY. Ya estarán contentos, creo.
- PORT. Propicio el comun deseo  
es al principe francés.
- REY. ¡Válgate Dios por la Francia!  
Todos dan por tal manía.
- PORT. Es que otra cosa seria,  
ó vil traicion, ó ignorancia.
- REY. ¡Y mi familia, señor!
- PORT. Muy poco, en verdad, se daña  
quien no siendo rey de España,  
puede ser emperador.
- REY. Acepte Dios esta ofrenda,  
y en su seno me reciba,  
ya que debo, mientras viva,  
hollar del dolor la senda.  
Sólo un consuelo tenia  
en medio de tanto mal,  
y es que mi pueblo leal  
como á padre me queria;  
mas un instante ha bastado  
á disipar la ilusion,  
cuando horrible sedicion  
alzar la cabeza ha osado.  
Ajada la majestad,  
¿ya para qué vivir quiero?  
Sólo con la muerte espero  
huir de la iniquidad.
- (Se oye el ruido de los tambores, que tocan una marcha fúnebre para acompañar los reos al suplicio. Este ruido, débil al principio, se aumentará por grados, dando á conocer que se aproxima, hasta llegar en frente del palacio.)
- PORT. Oid, señor; se aproxima  
el séquito funeral.
- REY. Ese sonido fatal  
el corazon me lastima.



- PORT. Es forzoso sacrificio.  
REY. ¡Tantas víctimas!  
PORT. El cielo  
aplaude este santo celo.  
REY. Sea para su servicio.  
Con todo, hay una... Confieso  
que me es sensible.  
PORT. ¿Cuál es?  
REY. Aquella jóven Inés...  
Siento aquí no sé qué peso...  
¿Y su novio?... Oí contar  
que en la asonada murió.  
PORT. Ni aun su cadáver se halló;  
su efigie van á quemar.  
REY. Extraño ha sido por cierto.  
¿Quién le pudo recoger?  
PORT. No estoy lejos de creer  
que tal vez no quedó muerto.

## ESCENA V

DICHOS, EL CAPITAN DE LOS SOLDADOS DE LA FE, UN OFICIAL  
DE LA GUARDIA y SOLDADOS DE LA FE

- OFICIAL. Los soldados de la fe.  
REY. Que entren.  
(Salen los soldados de la fe con el mosquete á la espalda  
y llevando largas picas, de cada una de las cuales pende  
un haz de leña. El Capitan va á su frente, y lleva otro  
haz colocado sobre una rodela, el cual presenta al Rey  
acercándose á él y arrodillándose.)  
CAPITAN. Señor, os presento  
el haz que arrojar debeis  
en el sagrado brasero.  
¡Plegue á Dios que acrisolada  
la religion con su fuego,  
quede limpia de herejía  
la fe de nuestros abuelos!  
REY. Así lo espero, y pues yo

acompañaros no puedo,  
llevadlo vos en mi nombre  
para arrojarlo el primero.  
Quédese entre tanto ahí,  
que por él volvereis luego.

(El Capitan coloca el escudo y el haz sobre una mesa, y se retira con los suyos.)

PORT. En eso imitais, señor,  
al gran Fernando el tercero.

REY. Así pudiera seguir  
en otras cosas su ejemplo.

PORT. Por delante del balcon  
ya pasa el séquito, creo.

REY. Iremos á ver...

(Se levanta el Rey para ir al balcon, y estando ya cerca, se oyen voces y paran los tambores.)

VOCES. Tened,  
tened.

REY. ¡Qué voces!... ¿Qué es eso?

PORT. Los reos están parados  
(Mirando por el balcon.)  
y la gente corre.

REY. ¡Cielos!  
¡Otro motin!

PORT. A las puertas  
de palacio van viniendo.

REY. ¡Guardias! (Con sumo terror.)

## ESCENA VI

DICHOS y EL OFICIAL DE LA GUARDIA

OFICIAL. Señor, una jóven  
que al suplicio entre los reos  
iba marchando, al llegar  
cerca de este alcázar regio,  
rompiendo sus ataduras,  
y atravesando el inmenso  
concurso, se ha refugiado

en palacio.

REY. ¡Cómo! ¿Dentro?

¿Y no han podido impedirlo?

OFICIAL. Pasmábanse todos viendo  
su juventud, su hermosura.

Ahí está, que intenta veros.

INÉS. Dejadme, dejadme entrar. (Dentro.)

REY. ¡Es ella!... ¡Oh Dios!... No... no quiero.

## ESCENA VII

DICHOS, INÉS, CORTESANOS, CRIADOS y GUARDIAS.— Sale Inés vestida de blanco, con el sambenito y el cabello suelto. Síguenla algunas gentes de palacio y guardias. Se arroja á los piés del Rey.

INÉS. ¡Señor... piedad, compasion!

REY. ¿Qué es esto? Aparta, mujer.

INÉS. De aquí no me he de mover  
hasta alcanzar mi perdon.

REY. ¡Yo perdonarte, hechicera!

INÉS. ¡Hechicera!

REY. No me toques,  
ni mi compasion invoques;  
ve, ve á morir en la hoguera.

INÉS. ¿Dónde está vuestra bondad?

REY. ¡Mi bondad!... Yo no la tengo  
cuando al Dios del cielo vengo.

¡Con los herejes piedad!

INÉS. Acordaos del amor  
que un tiempo me habeis tenido.

REY. Cuanto más mi afecto ha sido  
es más grande mi rencor.

INÉS. Soy inocente.

REY. ¡Inocente,  
aleve, y me has hechizado!

INÉS. Quien tal crimen me ha imputado,  
ese, señor, ese miente.

REY. Te ha juzgado un tribunal.

INÉS. ¿Y un tribunal no se engaña?

- REY. Lo respeta toda España.  
INÉS. Aun así sentenció mal.  
REY. ¡Blasfema!  
INÉS. Lo digo, sí. (Alzándose.)  
¿Qué me importa su sentencia,  
cuando yo de mi inocencia  
un testigo tengo aquí?  
¿He de pensar, por ventura,  
que condena con razon,  
si me dice el corazon  
que es el alma toda pura?  
¡Dios mio! Tú que la ves,  
y sabes que no te engaño,  
¿por qué consientes mi daño?  
Piedad de la triste Inés.  
REY. ¿Osas al cielo invocar,  
al cielo, á quien desconoces?  
No; las penas más atroces  
no te pueden castigar.  
Sacadla de aquí, sacadla.  
INÉS. ¡Vedme á vuestros piés, señor!  
REY. Aparta.  
INÉS. ¡Fiero rigor!  
REY. ¡No lo he dicho ya!... Llevadla.  
(Los soldados se abalanzan para cogerla; ella se levanta  
y se aproxima al Rey, cruzando las manos en ademán de  
súplica, y colocándolas muy cerca de sus ojos. El Rey,  
al querer apartarlas, repara en una sortija que lleva Inés.)  
INÉS. ¡Piedad!  
REY. Aparta... ¿Qué miro?  
Ven... á ver...  
INÉS. ¿Qué?...  
REY. ¡Cielo santo!  
Esta sortija... sí... cuánto  
se le parece... ¿Deliro?  
INÉS. ¿La sortija?  
REY. ¿Do la hubiste?  
INÉS. Fué de mi madre, señor.  
REY. ¡Tu madre!... El nombre.



INÉS.

Leonor.

REY.

¡Leonor!... ¿Qué he escuchado?... ¡Ay triste!  
¿Si será...? Salid de aquí;  
dejadnos solos.

(Todos se marchan, quedando solos el Rey é Inés.)

INÉS.

¿Qué haceis?

REY.

Deseos, no me engaños.

¿Tienes otra prenda, dí,  
que te dejara tu madre?

(Inés saca un medallon de oro que lleva al pecho y se lo enseña.)

INÉS.

Su retrato.

REY.

¡Es ella! ¡Oh Dios!

¡Hija de mi vida!

INÉS.

¿Vos?

REY.

Sí, ven, abraza á tu padre.

INÉS.

¡Mi padre!

REY.

Tu padre soy...

No, no te engaño, hija mia;  
lo soy, lo soy... ¡Qué alegría!  
¡Ah! De gozo loco estoy.

INÉS.

¿Cómo!... Señor... ¿es verdad?

REY.

Esas prendas mías son;  
sí, prendas de la pasión  
que me inspiró su beldad.

INÉS.

¡Vos mi padre!... ¡Vos!... Decidlo  
otra vez... ¿He de creer?...

¿Me engañais?... No puede ser.

Por Dios, por Dios, repetidlo.

REY.

Otra vez, mil lo diré.

¡Hija mía!

INÉS.

¡Padre!

REY.

¡Oh cielo!

¡Qué dulce voz! ¡Qué consuelo  
al escucharla encontré!

¿Conque al fin te pude hallar,  
objeto de mi deseo?

Te abrazo, y apenas creo  
de tanta dicha gozar.

- Ven, ven... deja que te vea,  
que te mire bien, Inés.  
¡Dios mio! ¡Qué hermosa!... ¡Es  
un cielo!... ¡Bendita sea!
- INÉS. ¡Por fin á besar me atrevo  
esas manos paternales!  
Bendigo todos mis males,  
pues tanta dicha les debo.  
Dejad, dejad que las bese,  
que las riegue con mi llanto,  
que goce de placer tanto  
y de besarlas no cese.
- REY. ¿Lloras?... Yo lloro tambien...  
de dicha... no de pesar;  
jamás creí que el llorar  
nos causara tanto bien.  
Desde hoy cambiará mi suerte,  
pues á mi lado estarás;  
tú la vida me darás  
á las puertas de la muerte.
- INÉS. ¡Ah!... Vivid, vivid, señor;  
todos lo piden ansiosos;  
vivid para hacer dichosos,  
y vivid para mi amor.
- REY. ¿Me querrás?
- INÉS. ¿Lo preguntais?  
¿Y vos á mí?
- REY. ¿Tú, mi vida?  
¿Si te he llorado perdida,  
no he de amarte?
- INÉS. ¿Os acordais  
de mi madre?
- REY. Miro en tí  
retratada su figura;  
sus ojos son, su hermosura...  
Injusto con ella fuí;  
mas ya con bienes sin cuento  
mi crimen expiaré;  
lo que á la madre injurié

pagar á la hija intento.  
Sí; tú serás mi delicia,  
mi único bien, mi consuelo;  
así me perdone el cielo  
mi abandono, mi injusticia.  
Habla... ¿Qué quieres?... Advierte  
que soy padre, y que tambien  
ciñe corona mi sien;  
¿qué no haré por complacerte?

INÉS. Amaros, señor, es ley;  
no digais eso, por Dios;  
sólo el padre he visto en vos,  
sin acordarme del rey.

REY. ¡Hija mia!... ¡Qué dulzura  
de padre infunde el amor!  
No, no hay cariño mayor  
ni hay otra mayor ventura.  
¡Oh!... Bien desde que te ví  
el corazon lo decia;  
no en vano alegre latia  
si te acercabas á mí;  
y en medio de este despecho  
que labra mi triste suerte,  
tan sólo para quererte  
amor hallaba en mi pecho.

INÉS. Sí; natura al corazon  
con voz prepotente hablaba;  
en eso mi magia estaba,  
esos mis hechizos son.

REY. ¡Tus hechizos!... ¡Infelice!  
¿Qué me has hecho recordar?  
¡Qué horror!... ¡Y pude olvidar!...  
¡Suerte, mi voz te maldice!

INÉS. ¡Ah!... ¡Santo Dios!... ¿Qué he escuchado?  
¿En mi delito tan feo  
creereis aun?

REY. ¡Nada creo,  
sino que soy desdichado!

INÉS. ¡Dios mio!... ¡Ni aun he de ser

- para mi padre inocente!  
REY. Un tribunal inclemente  
te condena á perecer.
- INÉS. ¿Y qué importa?... ¿No sois rey?  
¿Quién vuestro poder contrasta?
- REY. ¡Ah! que mi poder no basta  
ante su inflexible ley.  
¿Ignoras que no hay perdon  
cuando lanza su anatema?  
¿Ignoras que aun mi diadema  
la humilla la Inquisicion?  
¡Lo sabes, y no te espantas,  
que yo al oir su sentencia,  
mudo quedo en su presencia,  
y tiemblo, y caigo á sus plantas!
- INÉS. ¡Infeliz!... Lo veo ya;  
sí, vos mismo á su furor  
me entregareis.
- REY. ¿Yo?... ¡Qué horror!  
No... no... jamás... no será.  
Verdugos, idos de aquí;  
es mi hija, mi hija querida;  
es mi consuelo, mi vida;  
matadme primero á mí.  
(El Rey, creyendo ver á los verdugos de Inés, se coloca  
delante de ella para ampararla. Inés se arroja en sus  
brazos.)
- INÉS. ¡Ah!
- REY. Ven á mis brazos, ven  
en ellos á refugiarte;  
veremos si osan sacarte  
los viles de ellos tambien.
- INÉS. No, padre, no... no osarán;  
aquí estoy con vos segura;  
si es su lealtad firme y pura,  
vuestra voz respetarán.
- REY. Ya suben... ¿Dónde ocultarte?  
En ese cuarto... sí... sí...  
Entra, entra luego... Yo aquí



me quedo para ampararte.

(Hace entrar á Inés en el cuarto lateral, y se dirige luego á la puerta con la mayor inquietud.)

## ESCENA VIII

EL REY y FROILÁN

REY. ¿Sois vos, Padre Froilán?

FROIL. Señor, ¿es cierto  
que esa jóven Inés?...

REY. ¡Padre, salvadla,  
salvadla, por piedad!

FROIL. (Aparte con alegría.) ¡Ah! Bien decia  
que en volviéndola á ver...—Pensé que estaba  
con vos aquí.

REY. Sí, sí... Mas ¡oh ventural  
¿No sabeis?... ¿No sabeis?...

FROIL. ¿Qué?

REY. Mi hija amada;  
aquella que perdí... por quien continuo  
mi rostro en triste llanto se bañaba...

FROIL. ¿Y bien?

REY. Ya la encontré.

FROIL. ¿Pues cómo?...

REY. Es ella,  
ella.

FROIL. ¿Quién?

REY. Esa Inés.

FROIL. ¡Inés! (Aterrado.)

REY. Os pasma  
esta nueva, ¿es verdad?

FROIL. Creer no puedo...

REY. Sí... sí... no lo dudeis... Yo las alhajas,  
yo mismo conocí.

FROIL. ¿Qué oigo? (Aparte.)

REY. ¡Qué dicha!

¿Concebís mi placer cuando estrechada

- la tuve aquí contra mi amante pecho?  
 ¡Ah! No mata el placer, pues no me mata.
- FROIL. ¡Hija suya! (Aparte.)
- REY. Marchemos...
- FROIL. ¡Hija suya! (Aparte.)
- REY. Corramos á salvarla... sí.
- FROIL. ¡Qué rabia! (Aparte.)  
 Todo lo va á decir... Sólo me espera  
 infamia, deshonor.
- REY. ¿Pero qué aguarda?  
 ¿Por qué esa agitacion?
- FROIL. (Aparte.) Ya que es preciso,  
 cumple al fin tu destino, desdichada.
- REY. Padre, ¿no me escuchais?
- FROIL. ¿Qué?
- REY. ¿No os he dicho  
 que Inés es hija mia?
- FROIL. ¿Y bien? (Con frialdad.)
- REY. ¿No basta?
- FROIL. ¡Bastar!... ¿Y para qué?
- REY. ¡Pasmado quedo!  
 ¿Olvidais que está á muerte sentenciada?
- FROIL. Yo... no... no lo olvidé.
- REY. ¡No lo olvidásteis,  
 y cual mármol estais á mis palabras!
- FROIL. ¿Qué es, pues, lo que quereis?
- REY. ¡Oh Dios! ¿Qué quiero?  
 ¡Vos me lo preguntais!... Quiero salvarla.
- FROIL. ¡Salvarla!
- REY. Sí... lo quiero... y vos...
- FROIL. ¿Yo?
- REY. ¡Ay triste!  
 ¿Qué me anuncian tan lúgubres palabras?  
 ¿Por ventura, cruel, quereis que muera?
- FROIL. ¿Por ventura me es dado libertarla?
- REY. ¿Qué escucho? ¡Santo Dios! ¿A mí, su padre,  
 malvado, eso decís? ¡Ah! (Cubriéndose el rostro.)
- FROIL. ¿No bastaba  
 mi silencio, señor?

REY. ¡Dios! ¡Y un apoyo pensaba hallar en él para ampararla!

FROIL. Vos, cual padre, podeis compadecerla;  
pero yo soy juez.

REY. ¿Acaso os manda ser despiadado ese deber horrible?

FROIL. Lo manda, que no es mia la venganza;  
es venganza del cielo.

REF. ¿Y no perdona  
ese cielo, decid?

FROIL. El en su causa,  
él allá de piedad sólo usar puede;  
quien la ejerce por él, ese le agravia.

REY. ¡Desdichado de mí!... No; yo no debo dejarla perecer... Vos, sin entrañas, sin compasion sereis... mas yo soy padre, y no me manda Dios asesinarla. Fulminad la sentencia; los suplicios, bárbaros, disponed... sentencia vana. Aquí estoy yo, que defenderla puedo. ¿Olvidásteis quién soy?... ¿Vuestra arrogancia puede á tanto llegar que desconozca que yo soy vuestro rey, soy quien os manda? Obedeced, vasallos... Vuestra frente sumisos inclinad... caed á mis plantas.

FRÖIL. Ante el Dios que los tronos pulveriza,  
rey sacrílego, hundid la frente osada.

REY. ¡Ah! ¿Qué he dicho? ¡Perdon!

FROIL.                                       ¿Qué es ante el cielo,  
qué es con su pompa un mísero monarca?  
¿Qué es ante los ministros que en la mano  
tienen de su poder la ardiente espada?  
¿Qué es ante el Tribunal, en fin, que ejerce  
las justicias del Dios de las venganzas?  
Óselos resistir, y roto al punto  
será, cual rompe el viento débil caña.

REY. ¡Ah! ¡Perdon!... Blasfemé.

FROIL.    Sí, blasfemaste,  
y el celeste furor de tí reclama

inmensa expiacion.

REY.

Yo no lo puedo  
si víctima ha de ser mi hija adorada.  
¿Cuándo el cielo ordenó que al hijo suyo  
un padre sin piedad sacrificara?

FROIL.

¿Cuándo, me preguntais?... ¡Oh, cómo os ciega  
la funesta pasion!... ¿No lo mandaba  
cuando, fiel á su voz, al hijo amado  
el padre de Israel condujo al ara?  
¿Por salvar á su pueblo en el combate,  
la víctima á Jefe no señalara?

Ambos, sin murmurar, para servirle,  
su sangre, sangre pura derramaban...  
¡Y vos!... ¿Pero qué más?... Volved la vista,  
y ese cuadro mirad... ¿A quién retrata?

(Le señala el retrato de Felipe II, que estará colgado en  
una pared del salon.)

REY.

¡Oh qué recuerdo atroz!... El gran Felipe...

FROIL.

El grande, sí... ¿Sabeis por qué le llaman  
el grande, lo sabeis?... Un hijo tuvo...

REY.

Callad... ¡Qué ejemplo!

FROIL.

No, no vacilaba  
cuando preciso fué sobre su cuello  
descargar de la ley la justa espada;  
y la espada cayó, y en mudo pasmo  
vió el tremendo castigo toda España.

REY.

Dadme á mí su poder, dadme su gloria,  
y entonces imitar podré su saña.

FROIL.

¡Imitarla decís!... ¿Son, por ventura,  
las víctimas iguales?... ¿Compararlas,  
alma débil, podeis?... Al primogénito,  
al sucesor legítimo inmolaba;  
y vos, ¿á quién? ¡Oh! ¡Qué vergüenza!... Sólo  
al fruto impuro de pasion nefanda;  
hija del crimen, que en sus hechos viles  
no desmiente el origen que la infama.

REY.

Callad, callad por Dios.

FROIL.

A vuestros reinos  
presentad esa hija, presentadla.



Decidles: ¡La mirais?... Esta que há poco  
entre odiados herejes caminaba  
á la hoguera fatal; esta que impura  
lleva en su frente la indeleble mancha  
de acusacion atroz; esta, españoles,  
el vástago postrero es de mi rama.

REY. Basta, fraile infernal, basta... tu boca  
todo el veneno de las furias lanza.  
Vete, vete de aquí; si más te escucho,  
creo que al mundo entero asesinara.  
Mas, ¿qué es esto?

## ESCENA IX

DICHOS, EL INQUISIDOR GENERAL, PORTOCARRERO y ESBIRROS  
DE LA INQUISICION.

INQ. Señor, el Santo Oficio  
la fugitiva víctima reclama.

REY. ¿Qué decís?... ¡Ay de mí!

INQ. ¿Dónde se encuentra?

Aquí se ha guarecido, en este alcázar,  
y no querreis sin duda que del cielo  
burlada quede la justicia santa.

FROIL. Os engañais, señor... El Rey lo quiere,  
y ya el perdón por su favor alcanza.

INQ. ¿Qué he escuchado? ¿Es verdad?

REY. Yo, padre...

INQ. ¡Oh cielos!

¿Quién el poder os dió de perdonarla?

REY. ¿Por ventura no puede un soberano?...

INQ. Cuando la Inquisicion sus rayos lanza,  
sólo un hereje el golpe inevitable  
intenta detener.

REY. ¿Yo hereje?

INQ. Basta,  
basta el amago de tan vil intento  
para réprobo ser, para que caiga

el celeste furor sobre el culpable,  
y ser lanzado á las eternas llamas.

REY. ¡Qué horror! ¡Piedad, piedad!

INQ. ¿Pensais acaso

que aun á vos la corona os amparara?

No, desdichado; por lo mismo, fuera  
más segura y terrible la venganza.

REY. ¡Piedad vuelvo á decir!...—¿Qué es eso?

(Se oye dentro y algo lejano, rumor confuso de pueblo, y voces que gritan «¡Muera, muera la hechicera!» Portocarrero corre á mirar por el balcon.)

PORT. El pueblo,  
que impaciente á las puertas se abalanza  
de esta régia mansion.

INQ. Ya enfurecido,  
al mirar que la víctima le arrancan,  
viene á pedirla y á vengar al cielo.

(Se oyen de nuevo las voces.)

REY. ¡Dios! ¿Otra vez mi majestad hollada  
por el pueblo será?... ¿Conque es preciso?  
¡Rey infeliz!... No puedo... Perdonadla:  
postrado aquí vuestra clemencia imploro.

(Se pone de rodillas entre los dos, y con las manos juntas, en ademan de súplica.)

INQ. No puede ser.

REY. ¡Por Dios!

(Otra vez las voces del pueblo más fuertes.)

FRDIL. ¿Oís cuál claman?

REY. ¡Ay de mí, desdichado!

INQ. A Dios volvedle  
su víctima, señor.

PORT. Ya la tardanza  
funesta podrá ser.

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, INÉS y SOLDADOS DE LA FÉ.—Sale Inés del cuarto donde estaba oculta

- INÉS. Señor...
- INQ. ¡Es ella!
- REY. ¡Ah! ¿Por qué te presentas, desdichada?
- INÉS. Oí voces... ¿Qué miro? ¡Ay Dios!
- (Viendo al Inquisidor y á los suyos. Se oyen otra vez las voces.)
- REY. ¿Queréis la?
- Pues ahí la teneis; mónstruos, llevadla.
- (Váse precipitadamente, seguido de Portocarrero.)
- INÉS. ¿Qué es esto?... ¿Me dejais con ellos!... ¡Padre!
- ¡Padre!
- INQ. ¡Su padre dice!
- FROIL. ¿A qué escucharla?
- Delira.
- INQ. Venid, pues. (A Inés.)
- INÉS. ¿Dónde?
- INQ. Al suplicio.
- INÉS. ¿Pues qué, ¡cielos! no estoy perdonada?
- FROIL. ¡Perdonada!... Jamás.
- INÉS. ¡Ah! Pues os veo,
- sé que debo perder toda esperanza.
- FROIL. Llevadla.
- INQ. ¡Hola, soldados!
- (Salen los soldados de la fe, y unidos á los esbirros de la Inquisicion, obedeciendo á la voz del Inquisidor y de Froilán, rodean á Inés, y quieren llevársela. El Capitan de los soldados de la fe toma el haz de leña que habia quedado sobre la mesa, y se coloca con él en medio del teatro.)
- INÉS. ¡Infelice!
- ¿Y me abandona así? ¿Cómo?
- INQ. Sacadla.
- (Los esbirros quieren llevarse á Inés; esta se resiste. Du-

rante toda esta escena se continuarán oyendo las voces del pueblo, más ó menos fuertes.)

INÉS. No... ¡Dejadme, señor!... No.

(En este instante el Rey, seguido de Portocarrero y de algunos criados, vuelve á salir, fuera de sí y con paso vacilante.)

REY. Deteneos;  
no puedo consentir...

(Los esbirros que llevaban á Inés se detienen.)

INÉS. ¡El es!

FROIL. ¡Oh rabia!  
Obedeced.

REY. No... no... yo os lo prohibo.  
Quiero... ¡Cielos! ¡Qué horror!

(Al quererse adelantar se encuentra con el Capitan, y viendo en sus manos el haz de leña, como recordándose el destino que tiene, se extremece, y retrocediendo horrorizado, cae sin sentido en los brazos de Portocarrero y de los criados.)

INÉS. ¡Ay!

PORT. ¡Oh desgracia!

INÉS. ¡Oh funesto desmayo!

FROIL. Aprovechemos  
este instante... Cuidad vos del monarca.

(A Portocarrero.)

Vos, al suplicio. (A Inés.)

INÉS. Bárbaros, dejadme  
que le abraze siquiera.

(Se escapa de entre los inquisidores y se abalanza á abrazar al Rey.)

FROIL. ¿En qué se paran?  
Llevadla luego.

(Se apoderan otra vez de Inés, la arrancan del lado del Rey y se la llevan arrastrando.)

INÉS. No... no quiero... nunca...

(En este instante Florencio, que se hallaba oculto entre los esbirros y los soldados de la fe, se muestra y se abalanza hácia Froilán con un puñal desnudo en la mano.)



---

FLOR.       ¿Me conoces? (A Froilaa.)  
FROIL.               ¿Qué miro? ¡Oh Dios! ¡Florencio!  
FLOR.       Sí... yo soy... muere... (Le da de puñaladas.)  
FROIL.               ¡Compasion! (Cayendo.)  
FLOR.                       ¡Venganza!

FIN DEL DRAMA



3 0112 117461704